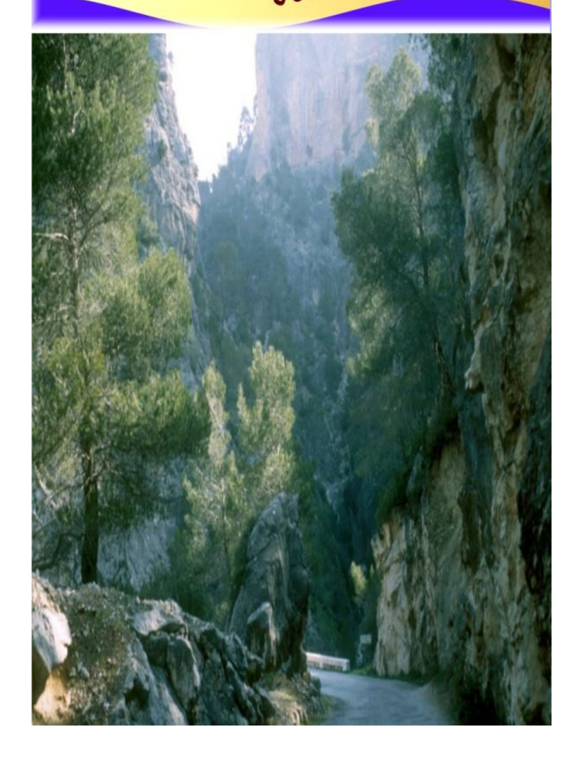
LA SENDA AL MUNDO

y otros relatos breves

José Gómez Muñoz



Textos y maquetación: José Gómez Muñoz

índice:

Los paisajes que se describen en estos relatos, son reales. El pueblo, Cerro Muriano al norte de Córdoba. La ciudad, Córdoba. Las montañas, bosques y ríos, Parque Natural de Cazorla Segura y las Villas.

Si el Universo se desarrolla en Dios, que lo llena todo, entonces hay mística en una hoja, en un camino, en el rocío, en el rostro humano. El mundo canta un Amor infinito ¿cómo no cuidarlo? Todas las criaturas alaban a Dios.

LA SENDA AL NUNDO

Ella se iba por la senda, al mundo, a descubrirlo, a vivirlo y ser feliz. Él se iba del mundo al descanso, al consuelo, al silencio, al abrazo de Dios.

Desde la cumbre de los bosques, flores, ríos manantiales, aves, y cielos en mil colores hermosos, por el lado norte, baja la senda, la principal. Muy bien tallada en el terreno, ancha, firme de tierra y por entre el monte. A la derecha queda el arroyo con la pequeña y clara cascada, las montañas de fondo, al frente, las ciudades más al fondo, el sol a media altura y el cielo azul. A la izquierda y en lo hondo, el río. La vegetación es muy verde y en los tallos, muchas plantas muestran flores en varias formas y colores. El aire trae y lleva aromas muy delicadas.

Yo los vi caminando por esta senda. Él le decía:
- La vida no es fácil y el mundo está lleno de problemas, luchas y dolor aunque tú ahora no logres entenderlo.
Ella callaba. Marcaba lento sus pasos y miraba la senda. Al dar la curva, de la senda principal ven que se aparta una más pequeña. Avanza llana y va como en busca del arroyo de la cascada.

Él le dice:
- Aquí te despido.
Ella habla:
- Dame un abrazo.

Extiende sus manos, lo abraza en abrazo largo y sincero. Es un cariño lleno de cielo y dulce como no existe otra cosa.
Él le dice:
- Sigue esta senda llana y hecha como para ti.
- ¿Y tú?
- Sigo por esta senda vieja que cae para el río.
- ¿Por qué no te vienes conmigo?
- Ya ves que apenas puedo caminar. No tengo fuerza ni tiempo. Estoy cansado, muy cansado y hasta el corazón me late lento.
Él tenía ochenta años y estaba enfermo. Ansiaba irse del mundo al abrazo de Dios. Ella tenía diecisiete años y se sentía llena de fuerzas y repleta de ilusión. Se iba al encuentro del mundo que soñaba con el deseo de ser feliz.

LA MADRE JOVEN

La vi a ella y lo vi a él. Ella estaba sentada en la entrada de su casa mirando a la calle junto a su niño y él pasaba. Al verla, se paró, la observó durante unos segundos y luego se aproximó. La saludó y, sin más, le preguntó:

- ¿Qué haces aquí sentada como si esperaras a alguien?
Con expresión triste, le dijo:
- Ya ves, junto a mi niño, lo miro y medito. Hoy no tengo nada que darle de comer.
- ¿Y las habichuelas que te di?
- Ahí puedes ver el último puñado que me queda. Si las preparo y nos las comemos, ya no habrá más.

Se llevó el hombre las manos a los bolsillos, buscó y luego dijo:
- Solo estas pequeñas monedas tengo. Se me parte el corazón verte así. Ojalá pudiera comprarte todos los alimentos que necesitas y también ropa para tu niño.
El hombre era muy mayor, la ciudad y sus habitantes permanecían indiferentes y mudos y la lluvia caía mansamente. Era final de la primavera y la luz del medio día tamizada como en un sueño. Miraba a su niño y meditaba.

El canto del silencio

Y su cuerpo cayó al vacío, atravesó el aire y en unos segundos se fundió con la vegetación y el agua del arroyo. De las cristalinas notas que las aguas del arroyo lanzaban al viento al saltar por entre las peñas, se oyó brotar una música muy hermosa. Una voz dulce y melodiosa, desgranaba al mismo tiempo un delicado canto. Retumbó esta música y canto por todo el entorno oyéndose los siguientes verso:

El canto

No lloréis por mí ni pronunciéis mi nombre
ni escribáis un poema como recuerdo,
el día que me marche de este mundo
al descanso que tanto y tanto sueño.
Que nadie me busque por ningún sitio
ni proclame si fui malo o bueno
ni escudriñe en las huellas que dejé
a mí paso por este suelo.

Dejadme tranquilo en las montañas
por donde los ríos, lagos y veneros,
entre los brazos de las noches largas
y la hermosísima música del silencio.
Que nadie manche mi soledad
ni me ensucie la luz de los luceros
que en la onda quietud de estos lugares
siempre tuve y tendré eterno.

Dejad que mi cuerpo se pudra y mi espíritu duerma
en los brazos amigos de mi hermano viento
donde sé que seré por los siglos
amado de Dios y canción del silencio.

Después de este canto, ni un grito se oyó ni a nadie que lo llamara por su nombre o le cantará una canción triste o alegre. Sí todo pareció pararse en un denso silencio solo roto por el fino trino de algún pajarillo y el chapoteo de las aguas yéndose por el arroyo. Todo lo demás, la hermosa y dolorosa soledad de los paisajes con los que su alma ya se había fundido, como en un silencioso palpitar del Universo. Ella era la belleza más perfecta, la eternidad, el cielo, Dios mismo. Lo único por lo que había merecido la pena vivir sus días en este suelo.

ADIÓS A LAS MONTAÑAS

La tierra donde se ha nacido, donde de pequeños hemos jugado recorriendo los paisajes, sendas, ríos y bosques, es como la vida más real de cada persona.

Yo los vi y no supe quiénes eran ni lo sé ahora. Bajaron por la senda del roble seco y al llegar a la junta, donde tres arroyos se fundían en uno, se pararon. Cada uno de ellos traía consigo una maleta o bolso raído, muy viejo y de color oscuro. Parecía como si dentro de estas maletas o bolsos no portaran nada. Quizás algo de ropa y cuatro objetos personales o recuerdos. Se les veía muy mayores, con problemas de salud y torpes al andar.

En el rellano donde los arroyos se fundían y las montañas rodeaban, se pararon. En grupo se apiñaron como intentado protegerse y explicar un poco las cosas. En sus rostros se veía la gran preocupación que en sus corazones había. Tristeza por la pérdida de lo que estaban dejando e incertidumbre en lo que a partir de ahora tenían ante sí. Sobre todo, lugares desconocidos y sitios donde no tenían raíces ni conocían a nadie. Uno de ellos comentó:

- ¿Y para qué servirá que nos lleven a lugares tan lejanos y desconocido para nosotros?

Nadie respondió a esta pregunta.

Por la carretera que avanza río arriba, se acerca el autobús. Al llegar al rellano, gira, da la vuelta, suben y por la carretera río abajo, el autobús se aleja. En silencio y solitario se queda el rellano, las montañas que rodean, los verdes bosques de estas montañas, los manantiales y las

nubes blancas que por el cielo revolotean. Algún mirlo canta. Arriba, donde nace el arroyo del roble seco, solitaria y vacía se ve la casa. Ventanas y puertas cerradas, solitario el jardín, los cedros, los cipreses, los naranjos, los laureles, el huerto y todo en silencio. Ellos eran los últimos de la gran congregación religiosa que poco a poco se extingue.

UN RECUERDO

Hay escenas, momentos tan plenos de paz y felicidad que con toda seguridad pertenecen al cielo más hermoso. El tiempo nunca, nunca debería destruir estos momentos.

La roca sobresalía como un balcón colgada en el vacío. Abajo el río y la cascada a las espaldas, montañas al levante más montañas y nubes blancas y al poniente como borrado del tiempo. En esta roca los vi sentados. Ella la presente a la izquierda el amigo filósofo, algo detrás a la derecha y él en el extremo más saliente de la roca, casi colgado sobre la cascada.

Él preguntó a la presente:
- ¿Qué sabes de la que no está ahora mismo con nosotros pero sí la recordamos? Hace tiempo que no la veo y creo que no la veré nunca más.
La presente dijo:
-La veré Cualquier día de estos. ¿Quieres que le diga algo?
- Dile que siempre la he llevado en mi alma y la llevo como algo muy sagrado. Siempre sueño que en algún momento nos encontraremos en el cielo.

El filósofo comentó:
- Si esta rica se desprende o quiebra, todos caeremos al vacío. Algunos moriremos, otros quedaremos heridos, más o menos graves y otros quizá no recibamos ni un rasguño. Así es el mundo y la vida.
Nadie preguntó ni dijo nada.

LAS MUJERES Y LA GUERRA

Las he visto sentadas en la puerta que da al balcón. Cabizbajas, como recogidas entre sí, hablando muy quedamente y ocupadas en una pequeña tarea de punto: calcetines de lana recia para cuando caigan las nieves y el frío sea intenso. El balcón, desde la puerta hacia adelante, tiene unos dos m. Hacia el lado de la derecha se alarga como m. Colgado como en mitad de una ladera no muy pronunciada donde, en lo hondo, se ven verdes valles y un río. Más lejos, se ven las siluetas de algunas montañas y por detrás, llanuras que parecen morir es un horizonte sin fin. Hacia estos lugares ellas miran de vez en cuando.

Hace unos días, una mañana llegaron a la casa y preguntaron a la madre:

- ¿Dónde Están tu marido y tu hijo?
- ¿Para qué lo queréis?
- Los necesitan en la guerra. Vamos a llevárnoslos.
- Ni ellos ni yo queremos saber nada de la guerra.
- Si no vienen será peor para ellos y para vosotras.

No dijeron nada más. El padre y el hijo salieron de la habitación, algunas cosas y se fueron con los que habían llegado.

La casa, la bonita y muy recogida casa, se quedó en silencio, la madre y la hija

también. Rezaron al cielo con esperanza y pasaron los días. Ninguna noticia les llegaba. Sentadas en el balcón mirando al horizonte, se pasaban las horas y los días. En silencio la madre lloraba y en su corazón los acurrucaba. Esperando que en algún momento llamaran a la puerta y le dieran la noticia. La hija, de vez en cuando le preguntaba:

- ¿Quién ha decidido la guerra, quien la ordena y para qué?

- La guerra la ha decidido alguien de corazón malo. Y la guerra solo sirve para que muchas personas mueran y otras muchas vivan en desconsuelo y sufran.

LA ÚLTIMA VEZ QUE LO VI

La última vez que lo vi fue una mañana de primavera. Guardaba una pequeña manada de cabras negras, coloradas y blancas, no de su propiedad sino a sueldo. Y recorría las laderas de los cerros poblados de jaras, juegarzos y romeros. Por estos lugares pastaban las cabras que él siempre acompañaba llevándolas a los sitios donde la comida era más tierna y nutriente. Siempre bebía en los manantiales que brotan bajo las rocas y siempre miraba los intensos azules del cielo y a la luna en las noches templada. Yo lo vi muchas, muchas veces.

Y aquel mediodía de primavera dejó la manada de cabras en la ladera de los cuatro robles, bajó por la senda, cruzó el cauce del arroyo y subió hasta la pequeña pradera del manantial del majoleto. Aquí todos los días, desde el cortijo grande y blanco, le dejaban algo para que comiera. Siempre una rebanada de pan, tocino algo añejo, queso también algo añejo y alguna lata de conserva. Solo una cosa de estas cada día. Él cogía y comía esta pequeña cantidad de alimento, bebía agua de la fuente del majoleto y volvía a donde la manada de cabras. Sin protestar ni decir nada a nadie ni al cielo.

Y aquel último mediodía repitió la misma rutina. Dejó a la manada de cabra por

donde los romeros y se acercó a la llanura de la fuente del majoleto, de donde siempre cogió la rebanada de pan, abrió la pequeña lata de conserva, comió no con avidez, bebió y volvió a donde la manada estaba descansando. pidió a los animales que se pusieran en marcha dirección al sol de la mañana. Despacio los siguió y poco a poco se fue perdiendo por entre el monte y silueta de los cerros. Una bruma algo dorada y azul fue envolviendo a la manada de cabras y a él y por el horizonte se perdió hasta el infinito. Después nunca más lo he visto ni se le ha visto por los lugares que siempre recorría con la manada. Él tenía dieciocho años.

PAISAJE SAGRADO

Por donde hacia el infinito se perdió con su manada de cabras, hay un paisaje realmente único y hermoso. Muy pocas personasen este mundo conocen este paisaje y menos personas aún lo han recorrido y disfrutado de la forma en que lo he hecho yo. El lugar es como un valle inclinado hacia el lado del sol de la tarde. En el centro y en todo lo alto, brotan los manantiales que poco a poco van dando forma a un caudaloso arroyo. Cae este cauce en multitud y bonitas cascadas que forman charcos transparentes de color azul celeste. Abajo, antes de irse por el río, las aguas riegan una pequeña extensión de tierra llana toda tapizada de hierba y florecillas.

Por entre las rocas, a un lado y otro del cauce, cada día se ven sus cabras. La Manada asoma por la cumbre y poco a poco va descendiendo por las veredillas y la vegetación. Él, como fundido con el viento, el paisaje y sus cabras, acompaña a la manada según avanza hacia el valle. Se le ve muy joven, piel y cara muy fina y limpia, reluciente su imagen, llena de salud, fuerza y belleza. Y lo mismo cada animal de su manada. el pelo de las cabras brilla con el resplandor del oro más fino y están gordas y lustrosas. Como si él y sus cabras se alimentaran de algún alimento maravilloso y saludable. Los animales por el valle comen hierba durante

un rato y luego poco a poco se van juntando y comienzan a subir por la ladera entre rocas y vegetación. Al poco, se les ve irse hacia un infinito lejano cubierto por una bruma casi celestial.

Sentado en la roca redonda que hay junto al charco, azul transparente, miro y contemplo a su manada de cabra, a él y al paisaje. En algún momento siento el deseo de acercarme y preguntarle de dónde viene y a dónde va pero no lo hago. Me produce mucho respeto tanto él como sus animales y los paisajes. Siento como si todo por aquí fuera sagrado y por eso temo romper o manchar estos lugares. Por esto mismo nunca diré a nadie dónde se encuentra este sitio ni señalaré las sendas que las llevan a él. Es como si fuera la puerta aún paraíso, a un cielo, a una eternidad donde todo es sagrado.

ERAN CINCO

Yo los vi. Los tres primeros, dos jóvenes y una chica, se pararon frente a la cascada. miraron en silencio durante un rato y el mayor de ellos dijo:

- Por la senda que vemos irse río abajo el abuelo se fue. Y nos dijo que se iba a la ciudad más hermosa que jamás se ha visto en este mundo. Decía que al descanso, a la paz, al consuelo de un Dios amigo, a remanso del silencio y armonía. El abuelo

nunca nos engañó. Su mundo siempre fue limpio y sencillo y por eso ahora en la ciudad donde vive tendrá lo mejor.

Al frente se veía una pequeña ciudad que no era la que buscaban. Sus casas eran de paredes blancas y tejados marrones con paredes de cemento e hierro.

Se oía mucho ruido y se veían muchos coches. Era una ciudad de este mundo, de este suelo. La ciudad que ellos buscaban y querían ver para encontrarse con el abuelo, estaba más lejos. Quizá al otro lado de las altas colinas que se veían al frente. Pensaron que podrían quedarse aquí para descansar un rato y comer algo. Y en estos momentos oyeron voces. Los dos más pequeños ella y él, se habían rezagado y ahora los llamaban para encontrarse con los que iban al frente.

Cuando llegaron, de sus mochilas sacaron algunos instrumentos, hortalizas y otras cosas. En un pequeño mortero de madera con un mazo también de madera, majaron tomates, ajos, pepinos, pimientos y echaron aceite sal y vinagre. Del manantial al lado de la cascada, cogieron agua limpia y fresca la vertieron en el mortero, removieron y casi al instante ya tenían un sencillo y apetitoso gazpacho. La chica del grupo de los tres dijo:

- Esta era la comida que más le gustaba al abuelo. Saboreémosla como lo hicimos tantas

veces en su compañía y luego sigamos. Tenemos que encontrar la ciudad donde ahora vive el abuelo para verlo, darle un abrazo y que nos cuente cosas.
Ellos eran cinco entre doce y dieciocho años. Intuían que la ciudad donde ahora el abuelo estaba, se encontraba al otro lado de las colinas. Ver y conocer el lugar donde el abuelo ahora tenía su descanso eterno.

POR DONDE LAS ENCINAS

Toda la llanura se ve sembrada de encinas. De color verde oscuro o gris ceniza y aunque el calor y los fríos del invierno son intensos, están vivas. Sus troncos muchos de ellos ya añejos y heridos por los vientos y las lluvias, también son de color ceniza, casi negros y sus formas son aparaguadas, muchas con ramas retorcidas y otras achaparradas o redondas. Por la llanura y entre estas encinas crecen los lentiscos, las aulagas y los espinos. Las encinas desprenden misterio y transmiten melancolía o tristeza. Desafían al tiempo y esperan, nadie sabe qué pero esperan. Las encinas siempre parecen estar esperando.

Por esta llanura, cuando pequeña y cuando joven, corrió mucho buscando sueños. Ella misma era el juego más limpio y la belleza más tierna y fresca. Corría sola detrás de las mariposas y cortando flores, amapolas, jaras y peonías. En las aguas del

río, al sur de la llanura de las encinas, lavaba su cara pies y manos y buscaba fantasías. Ella y las encinas, por la llanura, eran misterios que embelesaban de la forma más dulce y fresca. Trozos de cielo que elevaban el alma a regiones hermosas.

Pasó el tiempo y ni su nombre ni sus juegos se volvieron a ver ni oír por ningún sitio. Como si se hubiera ido de este mundo a algún lugar lejano donde todo era invisible. Se hizo invisible como el mismo viento de la llanura y los años de las añosas encina. Y siguió pasando más tiempo, más años, cayeron más lluvias, estallaron las tormentas, cayeron las nieves y los fríos llegaron con los inviernos. Ella seguía invisible por la llanura y por todos los lugares de la tierra. Seguía invisible, siguió invisible, sigue invisible pero alguien cada noche la ve en sus sueños. Corre y juega por la llanura, entre las encinas y los lentiscos y es hermosa, joven y misteriosa. Trasciende al tiempo y a las encinas. Quizás solo las encinas de la llanura son testigo de ello. Misterios del alma que solo Dios conoce y sabe por qué las cosas son de este modo.

EL PEQUEÑO JARDIN

En un lugar humilde y escondido, dentro del viejo jardín, puso sus plantas. Seis pequeñas macetas y donde nadie nunca miraba. Compró un plato de cerámica rectangular, cuarenta por doce, con dos

dedos de profundidad. Colocó aquí las pequeñas macetas de hojas muy verdes y con dibujos. En el centro una pequeña palmerita, a la derecha, la de las hojas verdes y moradas, a la izquierda, las de las hojas también muy verdes y con dibujos amarillos, y al frente, las de las hojas verdes, muy verdes y con salpicaduras blancas en forma de copo de nieve. Alrededor de las macetas, y en el plato, puso pequeñas bolas de cristal de colores. Como de juguete todo y muy fresco y vivo.

Cada día al pasar se paraba frente a este pequeño jardín suyo y especial. Durante un rato lo miraba de espacio y sentía mucho gozo ver la vitalidad y frescura de las pequeñas plantas. miraban también al gran jardín viejo y destartalado que se moría herido y maltratado. Un jardín con plantas y árboles centenarios pero que el jardinero apenas regaba, si cortaba con mucha frecuencia todo lo que le parecía sin gusto y estética. El viejo jardín se moría. Como sin el correr del tiempo ya a nadie le importara este singular espacio.

Un día alguien le dijo:

- El día que tú te mueras se morirá también contigo este pequeño jardín tuyo. ¿Has pensado alguna vez esto?

¿Quién se acordará de este pequeño jardín tuyo cuando pasen setenta años?

Y él respondió:

- El pequeño jardín mío lo tengo grabado y vive fresco y con fuerza en [7] mi corazón. Me lo llevaré conmigo al regazo de Dios y allí será eterno en mi compañía.

POR LA LÍNEA DE LAS MONTAÑAS

Lo he vuelto a ver. Por entre brumas azules naranjas, siguiendo la línea de las montañas. Como en busca del paraíso más hermoso. Era media mañana y el sol asomaba de vez en cuando por los rotos de las nubes. También de vez en cuando caía algún chaparrón y la delicada lluvia refrescaba la tierra y ella daba vida al tapiz de hierba. Su manada de cabras comían sin prisa esta hierba moviéndose hacia los lados de la línea de la montaña y al frente. Era una visión realmente delicada y bella.

Por el lado del levante, al otro lado de las montañas, llanuras y lejanías, muchas personas miraban La figura del joven y sus animales. Muchas personas por aquí se concentraron y según lo miraban y desde la distancia, a coro le preguntaban:

- ¿Dónde Vives ahora? Nos gustaría ver ese mundo. Nos gustaría que nos enseñarás cómo es Dios y cómo es el universo que lo contiene. Ya ves que nosotros por aquí nos amontonamos, buscamos y hacemos cosas, queremos tener dinero y ser felices. Se nos

pasan los días haciendo planes y resolviendo problemas y aunque a veces logramos un poco de esto, nunca somos felices del todo ni poseemos lo que necesitamos. Siempre tenemos dificultades, en nuestros cuerpos hay dolor y enfermedades y nunca, nunca llegamos a una plenitud dulce y buena. ¿Dónde Vives ahora y por qué no nos muestras a Dios y el universo que lo contiene?

Él oía estos como lamentos y súplicas y de ningún modo decía nada. Desde este otro lado de la montaña y desde un lugar que no sé describir, lo veo y oigo que me llama por mi nombre propio. Me dice:

- De ningún modo me he ido ni me iré de estas montañas. Soy perfume con ellas y ellas, una esencia muy única en mi espíritu.

De nuevo repite mi nombre y me llama mientras va llevando a su rebaño de cabras hacia las brumas azules naranjas de la luz de media mañana.

EL MÓVIL ROBADO

Su pequeña casa se alzaba cerca del camino, antes de los huertos y del río. Y aquella mañana se puso mano a la obra. Necesitaba levantar un pequeño muro por delante de la casa para acotar un trozo de tierra. Aquí quería sembrar algunas hortalizas y árboles frutales. Y para qué las personas no les robaran los frutos se le

ocurrió construir el pequeño Muro. No muy grande pero sí lo suficiente para que desde fuera no se viera lo que había dentro. No se fiaba de algunas personas del barrio.

Se puso mano a la obra y comenzó a colocar cemento, piedras y ladrillos. Sobre una pequeña mesa vieja y destartalada, por si alguien lo llamaba, colocó su móvil. El mejor móvil que en esos momentos había en el mercado. Al poco pasó por allí un amigo que le dijo:

- Voy a mi huerto. Si te vienes conmigo te muestro la cosecha que ahora mismo hay.

Y sin más se fue con el amigo. Muy sorprendido observó los buenos tomates, pimientos, pepinos, calabacines y acelgas que el huerto del amigo tenía. Cortaron y juntaron una muy buena cantidad y, para el recuerdo, quiso hacer una foto.

Se acordó en ese momento que su móvil se había quedado sobre la mesa. Pensó que cualquiera se lo podía robar. A prisa fue a buscarlo y no lo vio. Al mirar, un poco más arriba sobre una piedra estaba el móvil. Rápido lo cogió, lo puso en marcha y comprobó que todo estaba correcto. Sin embargo en la funda de cuero y por la parte de atrás, había un papel sujeto con un click. Lo desdobló y muy sorprendido observó una hermosísima pintura de paisajes y en brillantes colores. Leyó el mensaje que en un

trocito de papel habían escrito: “Regalo para ti de parte de los ladrones de este barrio”.

EL CORO INVISIBLE

Se sentó junto al río y en su corazón rezó: “Quiero irme contigo Dios quiero irme contigo. La enfermedad me consume, soy viejo, estoy muy cansado, los alimentos para mí no tienen sabor, ya no tengo amigos y las cosas del mundo tampoco me saben a nada. Veo sufrir a muchos por aquí y por allá y, aunque quisiera hacer algo por ellos, no puedo. Tengo mis manos vacías y hasta el aliento me falta. Quiero irme contigo, quiero irme de este mundo, llévame a tu regazo”.

La corriente de las aguas, suave se deslizaba por entre piedras revestida de musgo. Algunas gotas saltaban y mojaban sus pies. El rumor era monótono y continuó aunque no áspero sino suave y como murmullo. Al borde de las agua, la alfombra de hojas amarillas de los álamos cubrían el suelo. Era otoño y muchos árboles dejaban caer sus hojas. No hacía ni frío ni calor y el viento se movía como acariciando. Nubes en varias formas y colores se veían sobre las cumbres de las montañas y por entre las ramas de los árboles. Como rezando con la oración de su alma o como llevando

mensajes a lugares misteriosos. Las aguas del río parecían llorar o sonreír con él.

Lloraban su alma y lloraba el río y quería volar y por eso repetía la misma oración. Y de pronto, como del cielo, como del entorno que le rodeaba, como de los espacios de la montaña o como de las nubes y el azules del cielo, se oyeron sonidos musicales. Muy hermosos sonidos de coro de voces jóvenes y como llamando. No sabía de dónde venían las melodías ni tampoco sabía quién las desgranaban. Y su alma sonreía y lloraba repitiendo una vez y otra: "Quiero irme contigo Dios, quiero irme contigo. Ya este mundo no tiene nada para mí ni yo para este mundo. Llévame al consuelo de tu abrazo".

LA CIUDAD DEL VALLE Y EL NARANJO CENTENARIO

Se sentó en lo más alto de la montaña. Al poniente de las tres rocas y desde donde, al frente, se veía extendida la ciudad por todo el valle y al poniente, se veían los naranjos extendidos por toda la ladera. En el centro quedaba la vía del tren y la carretera. La vía del tren y la carretera, venían desde el valle derecho a él y atravesaba la montaña por un largo túnel. Al salir del túnel y a sus espaldas, se vía la otra gran ciudad, pueblos y más ciudades, montañas y horizontes por donde se adivinaban más ciudades.

Sin dejar de observar la ladera de los naranjos por donde los veía moverse, sacó de su mochila un cuaderno grande. Dibujó un icono abriéndose hacia los horizontes de los lados según se alargaba y dejando en el centro a la ciudad del valle, vía del tren y carretera. Seleccionó, anotó, escribió y tomó nota de varias cosas en la ciudad y cerca. Cerró luego el cuaderno, bajó por la senda hacia la ladera de los naranjos y se acercó a ellos.

Estaban bajo el naranjo centenario y comentaban. El hermoso árbol en forma de paraguas abierto por completo, por los bordes sus ramas llegaban hasta el suelo. Estaba cargado de fruta y bajo este árbol no entraba el sol. Apenas un poco de luz. Un árbol realmente mágico, de tronco retorcido y con muchos, muchos años. Centenario. Entre sí los tres hablaban y decían:

- Lo primero que hay que hacer es arrancar este naranjo y después todos los demás.

Dijo a ellos:

- ¿Pero cómo vais a cortar un árbol tan grandioso y noble como este? Aquí en este cuaderno, he dibujado lo que debe hacerse y de qué modo. Os lo enseño.

Ellos, mirándolo un poco con desprecio, dijeron:

- A ti, como eres viejo, estás enfermo y apenas tiene fuerzas, ya nada te importan las ciudades y su progreso. Ni siquiera te

importan las personas. Solo piensas en morirte, irte con Dios y que te dé su abrazo.
Miró con cierta tristeza el dibujo que tenía en sus manos y nada más dijo a lo que había oído.

SOLO FRENTE AL FUTURO

Cumplía diez años y el hermano mayor le dijo:
- Vente conmigo que te voy a llevar al lugar y a tu trabajo. Y no tengas miedo porque yo voy a estar a tu lado en todo momento.
El hermano pequeño aceptó sin pronunciar palabra. A primera hora de la mañana salieron del pueblo, recorrieron la llanura hacia el cortijo de las huertas, atravesaron la ladera de las encinas, bajaron por la cañada de las eras, cruzaron el arroyo de las adelfas, subieron por la senda de las higueras y al asomar al cerrillo, vieron el cortijo sobre la pequeña loma junto a la fuente. Por detrás estaba el corral con la manada de cabras.

El hermano mayor llevó al menor hasta el corral, abrió la puerta y los animales salieron. Por el campo enseguida se esturrearon comiendo las hojas y brotes de las plantas. Los dos llevaron a la manada por muchos rincones de las tierras cercanas al cortijo. El hermano mayor no se apartaba del hermano pequeño y en todo momento lo apoyaba y explicaba las cosas. Y el hermano pequeño, aunque no le gustaba del todo lo

que estaba viviendo, se animaba sintiendo la compañía y el apoyo del hermano mayor. Sentía que en su alma y corazón bullía la necesidad de estar y vivir algo más que lo que el hermano mayor le estaba enseñando.

A los tres días el hermano mayor dijo al hermano pequeño.

- Tengo que irme, te quedarás solo. Me ha salido un trabajo al otro lado del pueblo y nuestros padres y hermana necesitan de mi Jornal. Tú ya conoces estos sitios y las cosas. Todo irá bien.

Al hermano menor no le gustó la realidad. La tristeza invadió su corazón y en silencio por las noches lloraba. No le gustaba, de ningún, modo le gustaba lo que estaba viviendo. Pasaron los días, los meses y los años y el hermano menor fue tirando viviendo lo que de ningún modo quería ni le llenaba. Hoy cumple 80 años y está enfermo, camina con mucha dificultad apoyado en su garrote de acebuche, apenas habla, y, cuando en algún momento sale de la casa y camina por la calle del pueblo, reza en su corazón: "Quiero irme Dios, quiero irme contigo. Ni me llenaron las cosas ni me hicieron felices a lo largo del tiempo que he estado en este suelo y ni me llenan ahora ni me saben a nada. Quiero irme contigo".

POR DONDE EL RIO

Su casa, en forma de chozo de cristal en más de mil colores, se alzaba por entre los álamos. En la tierra llana donde el arroyo se funde con el río. Miraba precisamente a las aguas del río y a la línea brumosa de las cumbres de la montaña. Allá por la cañada donde tenían sus querencias las cabras que por estos lugares guiada. La casa del filósofo y amigos, en forma de chalet lujoso, se alzaba también entre álamos, olivos y encinas, al otro lado del río. Miraba esta casa en la dirección en que las aguas del cauce se iban.

Y aquella tarde noche su piara de cabras se fue parando cerca del arroyo, no lejos de su chozo de cristal. Casi siempre dormían arriba, en la cañada por donde los manantiales y la hierba, ya casi en la línea del horizonte. Pero aquella tarde noche, por lo que fuera, los animales se quedaban por donde el arroyo y los álamos. Dejó él que los animales pasarán la noche en este lugar y se fue a su transparente y luminoso chozo de cristal, solo unos metros más arriba. Vio que justo a estas horas al chalet llegaba el filósofo con algunos amigos. Desde el otro lado del río los sintió hablar. El filósofo decía:

-La filosofía explica todos los grandes misterios del mundo y del universo. Y como yo soy filósofo, todas mis palabras son pura verdad. No hay otra realidad fuera de lo que pienso.

Los amigos le decían:

- La filosofía es pura tontería y tu verdad solo es lo que piensas tú.

En su chozo de cristal en mil colores transparentes, de su mochila él sacó dos pequeñas tablas. Rectangulares y color avellana. Cogió estas tablillas con sus manos y empezó a golpearlas suavemente una con la otra y al instante, todo su chozo de cristal, el entorno y casi la tarde noche entera, se llenó de una música nunca jamás oída en el mundo. El espacio se llenó también de mil colores transparentes en forma de nubes. En el chalet del filósofo al oír las melodías y ver la luminosidad, dijeron:

- Filósofo tú que eres la verdad total explícanos qué es lo que estamos oyendo y viendo. Explícanos lo de este joven y sus cabras, su chozo de cristal y la música y luz que ahora mismo oímos y vemos.

- No sé explicar esto ni lo entiendo pero la filosofía lo abarca todo y es lo más grande en este mundo.

Dijo el filósofo.

Al poco, desde su chozo de los mil colores en cristal transparente, se oyó al filósofo y a sus amigos pelearse entre sí. La música que de las tablillas color avellana salía, siguió sonando sin parar y la luminosidad llenaba cada vez más el espacio del río y el arroyo junto con su manada de cabras.

FRENTE A LA CIUDAD

Sentado en el viejo banco de madera frente a la ciudad, repasa las cosas y medita. Mira su portátil y ojea los cuadernos. Busca nombres, personas conocidas, buenos amigos, inquietos por conservar y conocer. De la ciudad Sube mucho, mucho calor. Parece que es el día más caluroso del año.

El médico se acerca y le pregunta:

- ¿Cómo estás? Te veo muy, muy delegado.
- No estoy bien. Me cuesta respirar, en cuanto camino un poco me canso, me duele la garganta y siento taponado la nariz y los oídos. Estoy débil, no tengo fuerzas.
- ¿Estás tomando los medicamentos?
- Todos los días pero creo que no me hacen efecto. ¿Cuánto tiempo va a durar esto?
- Tu enfermedad es para todos los días que te queden de vida.

Y en estos momentos siente que su vida ya no será muy larga. Sus últimos días se acercan pero de ningún modo está preocupado por esto. Sabe que es algo que nos ocurrirá a todos en algún momento Y espera muy seguro el gran abrazo con Dios y la eternidad

Sigue mirando su ordenador portátil y los cuadernos. Sigue buscando. A lo largo de muchos, muchos años, ha ido escribiendo, haciendo y grabando música, creando vídeos hermosos con paisajes y momentos especiales y haciendo fotos, muchas fotos. Todo esto ha dado como resultado una muy

extensa y hermosa creación literaria, musical y multimedia. Más de ciento veinte libros, dos mil temas musicales, ochocientos vídeos y diez mil fotos. Y como presiente que está cerca su marcha de este mundo, que su extensa y hermosa creación la conserve alguien para que nunca se pierda. Entre familiares, amigos, conocidos y otras personas, quiere encontrar a alguien realmente sensible, empático, culto y sabio para poner en sus manos y que guarde con cariño toda esta creación suya. En una pequeña memoria usb lo tiene todo grabado, muy bien ordenado y conservado.

PREGUNTAS AL FILÓSOFO

Los amigos del filósofo le preguntaron:

- Tú que dices que la filosofía lo aclara todo y por eso tienes en ti la verdad más rotunda, dinos: ¿Por qué Dios permite que haya tanta desgracia, dolor y sufrimiento en las personas?

filósofo a esta teoría.

Los amigos reflexionaron y hablaron por lo bajo entre sí. Comentaron:

-Y si en el mundo, en los humanos no hubiera ni dolor ni sufrimiento ni hambre ni frío ni calor, ¿Cómo serían las cosas entonces?

Algunos creyeron que deberían hacer esta pregunta al filósofo. Otros decían que no era conveniente. Que el filósofo no tenía la verdad real sino una muy pequeña verdad

suya y que su inteligencia no era mucha. Uno de los amigos, de su mochila, en ese momento, sacó una fiambrera. La abrió y dijo:
- De la higuera de mi huerto los he cogido esta misma mañana.
Al ver los frutos el filósofo comentó:
- Son las brevas más apetitosas que he visto nunca.
Los amigos se miraron entre sí y no dijeron nada.

LA SENDA AL CIELO

El pueblo se alza ya casi al final de la hondonada, junto un río muy torrencial de aguas claras y frías. Las casas se clavan, en la ladera, al borde mismo del cauce y en las puras rocas. Por la parte de arriba del pueblo, ya en las últimas casas y por entre huertos, sube la senda.

Se eleva lentamente trazando curvas para salvar rocas, vegetación y el mismo surco del río. Como si buscara el filo de las montañas al frente por el lado del levante. Recorre la ladera izquierda de la hondonada, atraviesa el río, recorre la ladera derecha de la hondonada y por un cortado, busca el filo de las cumbres.

Él llegó al pueblo aquella mañana calurosa de agosto. Buscó la senda que iba por entre los huertos, y lento, muy lento, comenzó a subir. Midiendo cada paso y trazando las inclinadas curvas de la senda.

Apartaba con sus manos las ramas de la vegetación que a lo largo de los años había crecido y mientras remontada, por su mente pasaban los recuerdos. Al dar una curva y avanzar resto al río, la vio bajar. Enseguida notó que ya no era tan joven. Al encontrarse ella le preguntó:

- ¿A dónde vas por aquí tan solo, a tu edad y por este camino tan difícil de andar?

- Voy al encuentro del abrazo de Dios en el reino que tiene al otro lado de las cumbres que remonto. Y tú ¿de dónde vienes?

- Vengo de recorrer La Senda al Mundo al otro lado de las montañas que conoces. Y vengo herida, muy rota en mi cuerpo y dentro porque El Mundo, las personas y las cosas no me han dado lo que soñaba y necesitaba.

La miró con cierta dulzura y algo de pena comprendiendo bien lo que decía. De nuevo ella comentó:

- Y ahora que te vas al encuentro del abrazo de tu Dios, dame de nuevo un abrazo fuerte y largo. Transmitírselo a Dios cuando Él te dé su abrazo.

Y sin más, él la abrazó fuerte y largamente y luego siguieron avanzando. Él subiendo y ella bajando. A su mente acudían una vez y otra los recuerdos. Cuando era joven y tenía energía, recorrió más de mil veces esta senda y otras por las montañas que ahora escala. Exactamente hoy cumple ochenta años y ya apenas tiene fuerzas, se encuentra solo y con nadie habla.

CON SU TIENDA JUNTO AL RÍO

Al caer la tarde llegó al lugar. A la curva del río por donde la corriente baja muy remansada y hay una pequeña playa de arena. Bajo un viejo y frondoso fresno, se puso a montar su pequeña tienda. A unos metros de la corriente y donde, al frente, se veía con claridad la hilera de las montañas. Era verano, sobre las montañas se acumulaban algunas nubes, hacía calor y las chicharras cantaban sin parar.

Mientras montaba la tienda venían a su mente los recuerdos. Hacía años y cuando era joven y estaba cargado de energía, un día puso esta misma tienda en la llanura de los narcisos. Era invierno, hacía mucho frío y nevaba de vez en cuando. Por la noche cayó una gran nevada. Al amanecer todas las montañas estaban blancas y el viento cortaba de tan frío. Puso esta misma tienda otro día junto a la fuente del majoleto. Por la llanura de los espinos, en el arroyo de la zarza, en la nava de la cumbre y así, muchas, muchas veces a lo largo de muchos, muchos años. Presentía que hoy era la última vez que dormía en su tienda donde las paisajes de su alma.

Por la noche brillaron los relámpagos y estallaron los truenos en la cordillera del montañas al levante. Las lluvias cayeron y él,

acurrucado en su tienda, sentía como si un dulce elixir lavara su alma. Recordó a los muchos que a lo largo de los años lo habían ignorado y hasta maltratarlo. Quería rezar por todos ellos en este lugar y por sí mismo. Sabía que para rezar no hace falta un sitio concreto. Rezar al llegar el nuevo día, junto a la corriente del río y en el latido más limpio de las montañas, sabía que era algo muy elevado y sagrado. Al amanecer desde dentro de su tienda contempló la corriente de río. Bajaba muy crecido y esto le pareció el mayor espectáculo jamás visto en este mundo. Rezó pidiendo y agradeciendo y observó meditando las aguas de río, con el deseo de irse ya. Irse y desaparecer de este mundo para siempre. Se sentía un viejo más en un lugar que no era el suyo.

LAS RAMITAS DE ALGODÓN

En el supermercado compró dos ramitas de algodón en rama. Seis capullos blancos y esponjosos tenía cada barita. Compró una taza de cristal color morado y una pequeña maceta con tierra. En el poyo de la ventana de la puerta que da al jardín, puso la taza de cristal, la maceta y en la tierra clavó las dos ramitas cuajadas de capullos blancos. Junto a otras macetas de pequeñas plantas muy verdes y vivas.

Vio que el otro día a una de las ramas le faltaba un capullo. Nada dijo a

nadie. Dos días más tarde, la pequeña taza de cristal con la maceta y las ramitas, aparecieron en otro lugar. Junto a una imagen sagrada y todo escondido por detrás. A los pocos días, lo vio todo aún más escondido. Ya faltaban tres capullos del blanco algodón. En el poyo de la ventana, y entre las pequeñas plantas, vio la taza, la maceta y las ramitas, dobladas y escondidas sobre la ventana. Cuatro capullos de algodón faltaban ya. Un mes más tarde, desapareció por completo una ramita, a los pocos días desapareció la taza de cristal y dos días más tarde la segunda ranita con solo un copo de algodón. La maceta quedó solitaria solo una tarde. Porque al día siguiente ya había desaparecido todo rastro de las dos ranitas de capullos de algodón.

Ni se alegró ni se entristeció. Solo siguió el desarrollo de la historia. En más de un momento pensó protestar. No lo hizo. En silencio vivió esta aventura y en silencio la guardó en sí. Pensó que si Dios tiene un libro donde lo anota todo, ahí estarían anotados y recogidos los hechos. Pero también pensó que en el mundo hay muchas personas, seres y cosas que merecían más estar recogida en el libro de Dios. El Mundo y el universo es tan grande que la aventura de las dos tallos de algodón en rama, quizá no sean interesantes para quedar escritas en el libro de Dios. También puede que en el libro Dios lo escriba con el siguiente título: “¿Quién de

los dos ha ganado?” En su grande libro, quizá Dios haya anotado esto y al margen, haya escrito una nota que dice: "Revisar".

EL GRAN LIBRO DE DIOS

Sucedió cuando era joven y, cargado de energía, recorría ilusionado las montañas. Un caluroso día del mes de agosto, cargó con su mochila y con su tienda subió por la senda del arroyo y buscó un lugar apropiado. Entre adelfas y donde la corriente había dejado un buen puñado de arena fina. Hizo aquí un surco a la medida de su cuerpo y lo techó con la tienda. Mirando hacia las partes altas de las cumbres por donde se veía muy ampliamente el firmamento.

Llegó la noche enseguida y el silencio se hizo denso. Su alma se llenó de un gozo único al oír el canto de los grillos, el ulular Del cárabo, autillos, ranas y la no muy copiosa corriente del arroyo. Dejó la puerta de su tienda abierta y conforme estaba acostado, miraba de vez en cuando a la profundidad del firmamento. Estrellas en todos los tamaños y colores, brillos intensos o más apagados, cometas y galaxia. Y cuanto más la oscuridad de la noche se espesaba el firmamento mostraba destellos únicos. En su alma se acumulaban las preguntas.

E imagino tanto y cada vez más y más asombrado que de pronto vio el

firmamento como un gran libro. El mundo entero, el universo y la creación. Y vio escrito en este libro muchas, muchas cosas, nombres y acontecimientos. Aparecían nombres de familiares amigos y conocidos. Y entonces, como en forma de oración y sintiéndose pequeño, susurró: “Sí, Dios tiene un gran libro donde anota todo y en él está también mi nombre escrito”.

LOS NIÑOS Y LOS REGALOS

Llegaron los paquetes con los regalos. Tres grandes cajas de cartón color chocolate con leche completamente llenas. Al salir del colegio, desde la parte baja del pueblo, los niños cargaron con las cajas. En su casa, al lado este de la plaza, los niños dejaron las cajas de los regalos. Lo rodearon y él abrió las cajas. Entre los niños repartió todos los regalos y ellos los recibían gozosos.

Al lado del levante, en la plaza, estaba la pequeña y humilde tienda. Propiedad de un matrimonio muy mayor que no tenía hijos. Él había enfermado y se acurrucaba en la cama. Los niños cargados con todos los regalos, entraron en la casa. Lo rodearon, soltaron los regalos sobre la cama y en la mesita de noche y a coro le cantaron feliz cumpleaños. Como pudo les dio las gracia al tiempo que sus ojos se llenaron de lágrimas.

Al día siguiente volvieron los niños para felicitarlo de nuevo y la mujer les dijo:
- Esta noche se ha ido al cielo y me ha dicho que desde allí os manda abrazos. Que os quiere mucho. También me ha dicho que hoy al llegar la noche, miréis al firmamento.
Y al llegar la noche los niños miraron al firmamento. Vieron un gran libro abierto, el libro de Dios, y en él escrito los nombres de cada niño. En letras mayúsculas, grandes y doradas, al comienzo de la página, estaba escrito su nombre. Se había ido al cielo justo el día de sus ochenta cumpleaños.

LOS NIÑOS Y EL DINERO

A lo largo de sus años había ido ahorrando algún dinerillo. No mucho porque a él siempre le habían pagado poco. Pero había ahorrado algo y lo tenía guardado en un sobre blanco. Como un gran tesoro para algún momento importante o repartir al final de su vida. Mantenía en secreto este tesoro.

Y, como aquel día su nieto cumplía dos añitos, pensó hacerle un regalo. Cogió el sobre con el dinero del lugar donde lo tenía guardado, salió a la calle y al doblar la esquina, un joven alto y recio, lo atacó. Le robó el sobre y lo tiró al suelo. Los niños subían de la escuela y al ver la escena, corrieron tras el ladrón, le quitaron el sobre y le dijeron que su comportamiento no era bueno. Devolvieron el sobre con el dinero al

anciano y éste, sobreponiéndose al dolor de las heridas, dijo a los niños:
- Os invitaré al cumpleaños de mi nieto.

Se llevaron al anciano al hospital y el día siguiente, ya casi de noche, los niños fueron a visitarlo. Estaba con ellos su nieto. Vieron que el anciano estaba herido y se quejaba de dolor. Pero éste de nuevo dijo a los niños, cuando ya oscureció:
- Asomaros por la ventana y mirar al firmamento.
Le hicieron caso los niños y vieron un gran libro abierto, en él sus nombres escritos y en la página de la derecha, al anciano que le decía al nieto y a los niños:
- Juguemos al corro porque Dios nos acoge en su casa y nos invita al más bonito y mejor de todos los cumpleaños.

LLEVAR UNA CARTA AL CIELO

Los niños al salir del colegio se fueron por las casas, llamaban a las puertas y a las personas les decían:
- Queremos, necesitamos mandar una carta al cielo ¿Sabéis vosotros a quién la dirigimos y a qué dirección postal la mandamos?
Y las personas les decían:
- Podéis dirigirlas a Dios pero la dirección postal no la sabemos.

Al llegar a la humilde tienda en la plaza del pueblo, la viuda anciana les dijo:

- Puedo ayudaros en lo que necesitáis pero con dos condiciones.
- ¿Qué condiciones?
- Que me digáis qué vais a escribir en esa carta y que a nadie reveléis la dirección que voy a daros.
- Dentro del sobre de esa carta vamos a meter lo que una amiga nuestra en el extranjero nos ha escrito. Lo está pasando mal y sufre. Y por nuestra parte, vamos a pedir a Dios que ayude a un buen amigo nuestro ya mayor. Ha escrito muchos libros de montaña, de animales, de monumentos y de relatos cortos muy trascendentes y hermosos. Queremos que Dios guarde para siempre todo lo que este hombre ha escrito. Que lo ponga en su gran libro para que dure incluso la eternidad entera.

La anciana viuda, en un sobre algo grande y blanco, escribió el nombre de Dios y la dirección postal del cielo. Les dio este sobre a los niños y ellos pusieron dentro los escritos que habían dicho. Al caer la noche, se fueron a lo más alto del cerro al levante del pueblo. Se pusieron a contemplar el firmamento y, cuando un viento algo cálido y también un poco fuerte comenzó a moverse, lanzaron este sobre al vacío. La carta se elevaba y elevaba como encendida en un color azul naranja y, en la oscuridad de la noche y el resplandor de las estrellas, se fue hacia las profundidades del Universo. Los

niños se sintieron felices y de alegría se felicitaban y aplaudían.

DIOS TOMA NOTA DE TODO

Al salir del colegio, los niños subieron por la calle, cruzaron la plaza del pueblo y entraron a la casa del hombre mayor, su amigo. Prepararon las tiendas de campaña, cargaron con ellas, salieron del pueblo, recorrieron las sendas y en la parte alta de la gran cañada, bajo la majestuosa encina, acamparon. Los manantiales de aguas claras brotaban por todas partes a un lado y otro de la hondonada. Mientras el día corría, el amigo le explicaba las cosas y ellos preguntaban y preguntaban.

- ¿Por qué compraste para ti este árbol tan hermoso y en este lugar?

El hombre les dijo que cuando era joven y estaba lleno de energía, recorría un día y otro todos los rincones de las montañas. Buscando siempre encontrar cosas para llenar su alma. Y, cuando un día descubrió la vieja y majestuosa encina milenaria, en la cañada frente a las bellísimas montañas, la compró. Descubrió enseguida que desde aquí podía ver cada noche lo que Dios anota en su gran libro.

Y los niños preguntaron:

- ¿Dios por estos lugares, el mundo y el Universo?

- Según vaya cayendo la tarde y luego ya por la noche vais a verlo.

Y según la tarde fue cayendo, todos los paisajes de las montañas al frente del árbol centenario, se teñían de colores suaves y bellos. El claro y ancho río entre las dos cordilleras, la magnífica cordillera al fondo poblada de árboles y arroyuelos y la cordillera más cercana. Un espectáculo maravilloso jamás visto en otro lugar del mundo. Y en cuanto la noche llegó, el firmamento se pobló de estrellas y un gran libro apareció. El amigo dijo a los niños que era el gran libro donde Dios, toma nota continuamente de todo, todo, todo. Que él lo sabía muy bien porque ya lo había visto muchas veces.

EL AMIGO DE LOS NIÑOS

Al salir del colegio, los niños subieron por la calle. Hoy más ilusionados que otros días. Llevaban esos manos el dibujo que habían hecho

EL AMIGO DE LOS NIÑOS

Al salir del colegio, los niños subieron por la calle, hoy más ilusionados que otros días. Llevaban en sus manos el dibujo que habían hecho para su amigo el hombre mayor. Su amigo vivía solo en una pequeña casa en el lado de la plaza queda al levante. Se pasaba muchas horas acostado o sentado porque ya apenas tenía fuerza para

ir a ningún sitio ni hacer nada. De vez en cuando se le veía paseando lento por el centro de la plaza o sentado en el brocal de la fuente. Y al llegar los niños sentado en este sitio lo vieron.

Enseguida se acercaron, le mostraron el dibujo y le dijeron:
- Lo hemos hecho para ti, te lo regalamos.
El hombre cogió el papel con el dibujo y lo observó despacio durante un rato. En la hoja del cuaderno los niños habían dibujado a dos personas mayores, papá y mamá, caminando de espaldas y llevando de la mano en el centro a un niño casi bebé. En la parte de abajo habían repetido el dibujo y ahora el niño ya era un adulto que, caminando en el centro, llevaba de la mano a cada lado a dos ancianos, mamá y papá.

El amigo preguntó a los niños:
- Es bonito vuestro dibujo, gracias, me gusta mucho pero ¿Cuál es el mensaje que aquí expresáis?
Ellos dijeron:
- Cuando éramos pequeños tú nos has llevado muchas veces de la mano. Ahora que ya hemos crecido y tú eres un anciano, queremos darte nuestras manos para que te apoyes en nosotros.
El amigo, todos los días presentía que en cualquier momento Dios iba a acercarse a él y llevárselo de la mano. Observando el dibujo que los niños le habían regalado, pensó que

ese momento había llegado. Miró al cielo, cerró sus ojos, cogió las manos de los niños y, apoyándose en ellos, por un camino invisible, comenzaron a caminar hacia las montañas y el infinito y se alejaron despacio, muy despacio.

LOS NIÑOS LO VIERON LLORAR

Varias veces a lo largo de los días del verano y, sobre todo, la tarde que el autobús se los llevó. Los jóvenes se concentraron en la plaza cargados con sus cosas y el autobús llegó. Antes de subir se fueron despidiendo y muchos se les caían lágrimas. El hombre mayor, amigo de los niños vio como el autobús se alejó del pueblo con ellos dentro.

A lo largo del verano, desde el lado del levante de la plaza, se asomó muchas veces a las hondonadas por donde el río corría. Los oyó y los vio yendo y viniendo cauce abajo, jugando con la corriente. Bañándose en los charcos, cogiendo moras y pequeñas trucha. La joven que lo guiaba, y él, al oírla, sentía envidia. A lo largo de su vida el río había sido el lugar más querido y amado. Por eso llegó a conocer todos los vericuetos y hasta los más pequeños detalles. Ahora ya ni siquiera podía bajar para ver la corriente o lavar sus manos en las aguas. Por eso, en las tardes del verano a ver a los jóvenes por este amado y hermoso rincón de su alma,

sentía emoción, envidia y tristeza. Y por eso frente a este panorama, en silencio miraba al cielo y en silencio se le caían las lágrimas.

Al llegar la noche del día en que el autobús se los llevó, los niños lo vieron asomado al barranco de río, frente a las estrellas mirando en silencio al firmamento. Se acercaron los niños y le preguntaron:
- Te hemos visto llorar ¿te duele algo?
- Me duele el alma. Ellos se han marchado al mundo y yo quiero marcharme a Dios. Lo estoy llamando continuamente y espero que me dé su mano en cualquier momento.
Los niños se mantuvieron en silencio, se quedaron a su lado observando el titilar de las estrellas en las profundidades del Universo.

¿NOS VERÁS A NOSOTROS?

Los niños, al salir del colegio, se fueron por la calle pero no por la del centro sino por la que mira a las laderas de las montañas por donde en lo hondo corre el río. Avanzaron despacio y casi en silencio con el deseo de encontrarlo y que el amigo anciano no los vieran. Querían averiguar qué era lo que hacía o susurraba cuando ellos no estaban presentes.

Y lo vieron sentado en el mirador frente a las montañas. Por detrás se acercaron sin que él los viera y oyeron que rezaba: “¿Por qué me has quitado las

fuerzas? ¿Por qué no puedo respirar el limpio y dulce aire que hay en estas montañas que tanto amo? ¿Por qué hasta la voz la tengo apagada? Llévame ya contigo y regálame allí donde esté las montañas que aquí ya no puedo recorrer”.

Guardó silencio y entonces los niños se hicieron presentes. Lo saludaron y le preguntaron:

- Desde allí, desde el lugar que Dios te regale, ¿nos verás a nosotros?

- Seguro que os veré y hasta os invitaré a jugar. Pronto llegará el otoño y en las montañas las setas brotarán. Algo hermoso que siempre me gustó mucho. Cuando llegue el otoño y en las montañas del cielo broten las setas, nos iremos todos juntos a buscarlas. Las montañas, los bosques, los ríos y arroyos y manantiales y las setas y las flores de azafrán silvestre, son los asombros más bellos que Dios ha creado.

Y los niños se quedaron al lado del amigo mayor en silencio y contemplando las laderas de las montañas que tenían enfrente.

PRINER DIA DE COLEGIO

Los niños, al salir del colegio, subieron por la calle. Llevaban en sus manos una fiambrera grande de acero inoxidable, un termo también grande de acero inoxidable y una bolsa mediana de tela de algodón. Dentro de la fiambrería llevaban comida,

tomate revuelto con huevo, dentro de termo llevaban sopa castellana y en la bolsa de tela, llevaban pan y fruta fresca.

Llegaron a la plaza y se fueron derechos al mirador que se abre frente a las laderas de las montañas. aquí lo vieron sentado como otros días y, muy organizados se sentaron a su alrededor. Pusieron en el suelo delante de él las cosas que llevaban y le dijeron:

- Es lo que hoy hemos comido en el colegio este primer día. Se lo hemos pedido al director y nos ha dado para ti. Come y aliméntate a ver si recuperas las fuerzas.

Y dos de las niñas comentaron:

- Hay muchas personas nuevas este año en el colegio. El director, el administrador, bastante profesores y los cocineros.

El hombre los miraba llenos de ternura y le agradecía lo que le habían traído.

Otro de los niños pequeños también dijo:

- Y a redirector también le hemos dicho que te invite de vez en cuando para que nos expliques cosas. Que nos hables de las montañas que amas y por qué con tanta fuerza pides a Dios que te dé su mano y te lleve con Él. ¿Te gustaría esto?

Dulcemente el hombre mayor seguía mirando a los niños y no dio ninguna respuesta.

LA CARICIA DE DIOS

Los niños dijeron al director:

- Nuestro amigo nunca ha fumado ni ha bebido alcohol. Él siempre se hidrató de las aguas claras de los manantiales de las montañas, respiró el aire limpio de los bosques de estas montañas y templó su cuerpo y músculos surcando las sendas de estos lugares. Por aquí fue por donde veía continuamente y sentía a Dios en todo cuanto frente a sus ojos se ponía. La caricia de Dios, lo llama él. Nuestro amigo aprendió y vivió en estos lugares una vida hermosa, llena de sensaciones elevadas y bellezas únicas.

Y el director preguntó a los niños:

- ¿Y por qué con tanta fuerza vuestro amigo ahora quiere irse de este mundo?
- Él casi no puede respirar porque los pulmones los tiene dañados, las fuerzas se han ido de sus músculos y duerme mal. Pero nuestro amigo tiene el alma, el corazón y la mente llenas de vida y luz y es bueno, muy bueno. Sabe que Dios, un día u otro, a todos nos va llamando. Presiente claramente que ese momento lo tiene cerca.

El director miraba a los niños y tomaba nota en su cuaderno. En el colegio este año había muchas cosas nuevas. Los alumnos parecían todos personas nobles y el ambiente era muy bueno. Como si el colegio en sí, todo el colegio, fuera muy diferente a la de otros

años. Después de un rato en silencio, el director dijo a los niños:
- Sí, vosotros los niños, sois los amados, los ángeles de Dios aquí en la tierra.
Los niños, al salir del colegio, subieron emocionados por la calle, buscaron a su amigo y le contaron todo.

OLOR A PAN RECIEN HECHO

En el pueblo, todos los días por la mañana, huele a pan recién cocido en el horno de leña. Antes del amanecer y luego hasta media mañana. Los niños lo saben y disfrutan de este aroma. Ellos, cada día y antes de entrar al colegio, se juntan y van a la panadería. Desde la plaza del pueblo, bajan hasta la corta calle ancha. A la izquierda en mitad de la calle se encuentra el horno y la panadería. Al verlos llegar, la dueña, de vez en cuando comenta:
- Ya están aquí los amados, los Ángeles de Dios. Pidan lo que pidan, nunca les cobréis nada.

Y los niños entran, saluda y piden una barra de pan pequeña recién sacada del horno. Otras veces piden una pieza de pan de aceite o de leche, una torta sin azúcar o magdalenas. Los dependientes no les cobran nada. Ellos salen, suben hasta la plaza, llaman a la puerta y a su amigo el hombre mayor le dan lo que en el horno le han

regalado. El amigo se lo agradece y ellos se van contentos camino del colegio.

En su cuarto y en silencio, abre la ventana queda a las laderas de las montañas por donde en lo hondo corre el río. Bajo su ventana crece un pequeño acebo y casi todas las mañanas por aquí revolotean algunos pajarillos. En una taza pone leche, la amiga con lo que los niños le han regalado y, en silencio, desayuna. Por la ventana entra el olor de pan recién cocido en el horno de leña, el aire fresco del nuevo día y, con las primeras lluvias del otoño, el olor a tierra mojada. Agradece al cielo el nuevo día, el regalo de los niños, el perfume de pan recién cocido y espera un poco más pidiendo a Dios que llegue el momento.

EL SILENCIO QUE ASUSTA

Por las noches, mientras intenta coger el sueño, desde su cama y por la ventana, mira al firmamento. Solo ve estrellas y no oye nada más que el silencio. Un denso y profundo silencio que lo llena todo y traspasa hasta la fibra del alma. Intenta oír el paso del tiempo, intenta ver y oír, la presencia de Dios, intenta conocer misterios, quieres saber y lo único que antes sí tiene es el hondo firmamento y el silencio.

Sin embargo sabe que en la tierra, laten millones de corazones en las personas

y que estas personas hablan, buscan y desean tener cosas buenas en sus vidas. Y a veces, muchas veces lo pasan mal y lloran. En el mundo no hay silencio porque en casi todas las personas y muchos lugares, falta vida. Sabe esto y sabe muchas, muchas cosas del mundo y las personas y le asusta el gran silencio que a través de su ventana y en la noche oye en todo el firmamento.

Piensa compartir esta realidad con los niños cuando los vea mañana pero enseguida también piensa cómo explicarles las cosas. Les harán preguntas y no sabrá responderlas y le preguntarán más cosas que tampoco sabrá responder. Quizá solo sepa decirles que el Universo es un silencio tan profundo que asusta.

LA MONTAÑA PUERTA DEL CIELO

A través de su ventana en la habitación, esta noche los ha visto. Los niños caminaban por las sendas hacia lo más elevado de la montaña.

Es otoño y, aunque durante el día hace mucho calor, por las noches refresca y en el firmamento se ven millones de estrellas. El viento se mueve lento y acaricia con la suavidad de un beso. Como si fuera el susurro de la voz del universo o como si alguien llevara en brazos. Las estrellas y por

todos los lados de firmamento, brillan limpias y titilan cómo si llamarán.

Llegan a lo más alto de la cumbre. Abren sus brazos y, frente a la inmensa bóveda luminosa en plena noche, llaman.

- Queremos hablar contigo, amigo Dios.

Y la voz de Dios se oye:

- Soy yo el que quiero encontrarse cara a cara con vosotros.

La voz de Dios es tan dulce como la caricia de una mano muy amiga. Como acaricia en primavera la brisa al amanecer en los bosques de las montañas. La voz de Dios no asusta.

Desde su cama a través de la ventana, el amigo anciano, se preocupa un poco. Para así y al viento habla Dios diciendo:

- Si te lo llevas ahora, me quedaré solo en este mundo., Ellos son buenos, muy buenos.

Y Dios susurra:

- Ellos son mis amados, mis ángeles en la tierra.

Y los niños frente al cielo estrellado en el silencio hondo de la noche, son felices, sonríen y siguen en sus juegos. El amigo anciano, mientras coge el sueño, de nuevo para así se dice: “En cuanto los vea mañana voy a preguntarles si lo que he visto esta noche es cierto. Y voy a decirles que le digan adiós que estoy esperando suma no en todo momento".

LOS HUERTOS

Algunos días, al salir del colegio, los niños se encuentran con personas que van a sus pequeños huertos. A regarlos o recoger las cosechas. Y estas personas con frecuencia les dicen:

- Cuando queráis, podéis venir a mi huerto a coger cosas.

Se lo agradecen los niños y se van con ellos. Llevan las mochilas preparadas.

Del huerto cogen tomates, pepinos, berenjenas, pimientos, ciruelas y peras. Suben animados la cuestecilla, recorren la calle hasta la plaza, entran a la casa de su amigo mayor y le regalan las mejores piezas recogidas en los huertos. Le dicen:

- Volveremos dentro de unas horas.

Y cada uno se va a su casa. A las madres le entregan lo que le ha quedado en las mochilas y éstas, a cambio le dan unas monedas. Vuelven a la casa del amigo y, con los productos que han recogido en los huertos, se disponen para preparar la comida.

Se mueven de acá para allá animados mientras elaboran los productos que han regalado a su amigo y cuando ya están todos colocados frente a los platos, alguno de ellos, se levanta, coge la pequeña hucha que hay junto a la ventana y echa en ella las monedas que la madre le ha dado.

Los demás hacen lo mismo y al final uno comenta:
- Esta hucha pronto va a estar llena.
Su amigo el hombre mayor Susurra con voz dulce:
- Pero lo que verdad importa y vale más que el estas monedas y el oro, es llenar la vida de cosas buenas y bellas, cosas que duren siempre. El día que Dios venga a buscarme, y espero que no tarde mucho, no me llevaré esta hucha ni las cosas que de los huertos me estáis regalando. Pero sí me llevaré al cielo la bondad de vuestros corazones y el cariño que un día y otro me estáis dando.

CON EL AMIGO DE LAS MONTAÑAS

Como no había clase por ser fiesta, los niños quedaron en juntarse en la plaza cuadrada. Junto al pilar de aguas claras y frente a la casa del amigo mayor.
A la hora fijada fueron llegando y, con sus mochilas preparadas, bajaron por la calle. Recorrieron la senda de la cuestecilla hacia el arroyo que se junta con el río algo más abajo y subieron al puntal. El que mira al río por donde éste se va y es espejo de las laderas lejanas. Aquí se pararon y observaron.

Primero vieron la pequeña manada de cabras de su amigo y luego vieron el negro caballo que entre los animales pastaba. Vieron al amigo que subía por las sendas de

las higueras seguido mansamente por su caballo y la manada de cabras. Aquí le salieron al encuentro y enseguida éste les dijo:

- Las higueras todavía tienen sus ramas repletas con los últimos frutos del otoño. Si queréis os ayudo y llenáis vuestras mochilas. Y ellos se dejaron ayudar.

Unas horas después subieron por la cañada del corral de piedra y monte y aquí despidieron al amigo. Animados regresaron a la plaza del pueblo, llamaron a la puerta de su amigo mayor y lo animaron para que les ayudara. Junto al acebo del pequeño jardincillo cerca de su ventana, en un espacio sin plantas y donde el sol daba a lo largo de todo el día, fueron colocando los higos. Y mientras lo hacían, Comentaban:

- Cuando ya estén secos estos higos te los vas comiendo poco a poco. Lo mismo que hacías cuando estabas cargado de energía y juventud y recorrías las sendas que nosotros hoy hemos andado. Los hemos cogido de las higueras que mil veces tú nos has dicho los cogía en aquellos tiempos.

El hombre mayor en su corazón anotó estas cosas para, en su momento, decírsela Dios y que las apunte en su gran libro eterno.

ALMENDRAS Y ACEITUNAS

Los padres dijeron a los niños:

- Ya los almendros tienen sus frutos madurados en las ramas. Es el momento de recogerlos. Si queréis podéis ir al terreno y coger para vosotros todas las almendras que queráis. También los olivos tienen en sus ramas las aceitunas bastante gordas y maduras.
Y dos días más tarde, al ser fiesta y no tener clase, los niños fueron al terreno a coger almendras y aceitunas.

En poco tiempo llenaron sus mochilas y regresaron al pueblo. Fueron a casa de su amigo el hombre mayor y le dijeron:
- Como tú hacías cada año cuando eras joven, hoy hemos recogido un poco de las cosechas de otoño. Aquí contigo, queremos partir estas almendras y aceitunas. Las almendras te las vas comiendo poco a poco y las aceitunas, las echaremos en agua. Cuando ya no amarguen, las aliñaremos con las cosas que tú sabes y, por Navidad, te comes también cada día un puñado.

Recordó el amigo que por Navidad, cuando de joven recorría las montañas, casi siempre nevaba. Los paisajes se vestían de blanco y algunas cascadas se congelaban. En su corazón se dijo: "¿Vendrás, Dios, a darme tu mano y llevarme contigo cuando llegue la Navidad? Es un buen momento y ya sabes con cuánta fuerza lo deseo. Y, mientras espero ese día, también sabes que

en mi corazón agradezco y tengo bien acurrucados a estos niños, tus amados ángeles en la tierra".

LAS TORMENTAS

No se suspendieron las clases pero sí los maestros dejaron que los niños tranquilamente observaran. Tal como estaban, al otro lado de los cristales de las ventanas, miraban mudos. Y vieron como la tormenta lentamente se fue formando. Allá en las profundidades por donde el río se iba y como arropando todas las montañas.

Recordaron que su amigo, hombre mayor, varias veces les había dicho:

- Cuando la lluvia cae, además de ser belleza y música, siembra vida por todas la tierra. Los bosques en las montañas resplandecen verdes, los arroyuelos y pequeños ríos, se deslizan rumorosos y hasta las flores y aves del mundo celebran fiestas. Es bueno que la lluvia caiga, es bueno que llueva.

La tormenta se colocó en todo lo alto. Dejando brillar relámpagos seguidos de truenos y menudas gotas de lluvia. Los maestros dijeron a los niños que, antes de que arreciaran más las lluvias, si querían podían irse a sus casas. Y los niños, rápidos cogieron sus cosas, salieron a la calle, recibieron con alegría las gotas que caían, pisaron los charcos, atravesaron la plaza y se

fueron a la casa del amigo mayor. Al verlo le dijeron:

- Nos venimos contigo para ver juntos la lluvia caer.

Y la lluvia comenzó a caer con fuerza. Mudos la contemplaban y veían como, sobre el asfalto de la plaza, las gotas se estrellaban y se abrían en muchos pedacitos transparentes. Como estrellitas caídas del cielo cargadas de millones de misterios. Dijo el amigo mayor:

- "¿Qué no será Dios cuando aquí nos muestra y deja ver lo que vemos en forma de lluvia grata y buena?"

Los niños miraban mudos sin tener miedo ni a los relámpagos o truenos. Sentían que las gotas de lluvia eran como estrellitas, como amigos que venían desde el cielo a traerles regalos y jugar con ellos.

APRENDER EL LEGUAJE DE LAS COSAS

Los niños salieron del colegio y en el terraplén que mira al río, se dispusieron para la clase de idiomas al aire libre. No lejos de la senda que lleva a los huertos. Era otoño, el aire corría fresco y el día estaba soleado. Y estaba el maestro explicando la lección y pidiendo a los alumnos que copiaran las palabras, cuando por la senda se acercó uno de los padres de los niños que iba a los

huertos. Se paró cerca del grupo y durante un rato escuchó.

En uno de los momentos en que el maestro hizo una pausa preguntó a éste:
- ¿Y por qué no enseñáis a los niños el lenguaje elevado?
- ¿Lenguaje elevado?
Comentó el maestro. El padre dijo:
- Convocaremos una reunión de padres para hablar de todo esto.
Y el hombre siguió senda adelante hacia la vega del río.

Unas horas después, los niños preguntaron a su amigo el hombre mayor:
- ¿Qué es lo del lenguaje elevado?
Él les dijo:
- Junto a los manantiales y arroyuelos de las montañas, crecen los narcisos. Mientras se miran y juegan con el viento, Dios habla a través de ellos. Sobre los bosques y las cumbres, las nieves caen y se duermen en las ramas. El viento acaricia y Dios habla en silencio. Así son muchas, muchas cosas más en este mundo. Aprender este lenguaje, llena el alma de gozo y eleva al cielo. En definitiva, es bueno, muy bueno hablar y entender el lenguaje de Dios que, mientras escribe en su gran libro, nos transmite mensajes en todas las cosas.

EL MANZANO Y EL PETIRROJO

Varias veces el amigo, hombre mayor, había dicho a los niños:
- Los petirrojos y el manzano, hablan el elevado lenguaje de Dios. Me explico: Junto al manantial de la ladera, crece el viejo manzano. Todos los años con los primeros fríos, por aquí se veía un petirrojo, pajarillo pequeño con las plumas del pecho rojas. No sé si era uno o varios, estos pajarillos viven solitarios, son migratorios y les gustan los climas fríos. Por eso yo empecé a verlo en los primeros meses del invierno, luego al comienzo del otoño y al final lo he visto a lo largo de todo el año.

Y los niños preguntaron a su amigo:
- Y ahora ¿Por dónde estará este avecilla?
- Tendréis que averiguarlo vosotros porque yo ya no puedo.
Y los niños se organizaron para saber del petirrojo. Cuando unos días después no tuvieron clase, subieron por la ladera en busca del manzano del manantial. Lo encontraron completamente cargado de manzanas ya muy maduras. Se pusieron a llenar sus mochilas con la fruta cuando, de pronto, vieron al petirrojo cerca del chorrillo del manantial. Les entró deseos de cogerlo pero lo dejaron en su libertad.

Unos horas después se presentaron en la casa de su amigo mayor y, cuando estaban con él compartiendo las manzanas, vieron al petirrojo por entre las plantas del

jardincillo. Se miraron sorprendidos y comentaron:

- ¿Por qué se habrá venido con nosotros?

El amigo comentó:

-Dejadlo aquí conmigo porque me dará compañía y, al mismo tiempo pensaré que, es otro regalo más que Dios nos da para que aprendamos el lenguaje elevado y belleza de las cosas.

EL PUEBLO DE LOS NIÑOS

Al caer la tarde, los niños salieron del pueblo cargados con sus mochilas y algunas tiendas de campaña. Bajaron la cuestecilla hacia el arroyo de los granados. De estos árboles cogieron fruta y del ciruelo, bastantes ciruelas monjes ya muy maduras. Según el sol iba cayendo, ellos subían hacia la parte alta del cerro redondo, al norte del pueblo. En lo más elevado de este cerro, montaron las tiendas. Justo desde donde se veía el amplio firmamento, las siluetas de las montañas y el río en el centro como dividendo.

De madrugada, salieron de las tiendas y observaron la luna encima por completo de ellos. La gran superluna. Luna llena, una super luna y además luna azul, por lo que muchos la llaman simplemente superluna azul. La gran luna se reflejaba en las aguas del río, al fondo se veían las siluetas de las montañas y, por detrás, el

resplandor de varias ciudades. Observaron durante un buen rato mientras saboreaban ciruelas y granos de granada y luego miraron para su pueblo. Vieron solo algunas luces amarillentas muy poco brillantes. Se dijeron: "¡Qué pequeño y poca cosa es nuestro pueblo!"

A medida mañana desmontaron las tiendas, bajaron las laderas del cerro, cruzaron el arroyo y subieron hasta la plaza cuadrada del pueblo. Se fueron derechos a la casa de su amigo el hombre mayor y enseguida le dijeron que su pueblo no era grande ni tampoco bonito. El amigo les dijo:

- Vuestro pueblo tiene un río de agua muy limpia donde se refleja. Por todos sitios crecen árboles y plantas, lo acaricia y baña el sol, el viento es limpio, el silencio es hondo y las lluvias lo lavan de vez en cuando. Vuestro pueblo es bonito. Dios se pasea por aquí porque vosotros sois los amados y ángeles suyos en la Tierra. Dios es infinitamente grande en lo grande y también infinitamente grande en lo pequeño.

Y los niños preguntaron:

- ¿Y si un día Dios nos dejara verlo cara a cara?

No respondió el hombre mayor a esta pregunta.

VER A DIOS CARA A CARA

En el cielo había algunas nubes, el viento estaba en calma, era un poco fresco y la noche estaba algo clara. Repartido por aquí y por allá en todo el espacio del cielo, se veían varias ventanas. Grandes y en forma rectangular y, asomados a estas ventanas, repartidos, se veían a los niños y al amigo de las montañas.

A media mañana, al día siguiente, los niños fueron a la casa de su amigo el hombre mayor. Lo encontraron sentado frente a la ventana mirando al cielo. Les dijo:
- Medito y le pido a Dios que venga y me lleve. Cada día tengo menos ganas de estar en este suelo. Quiero irme, necesito ver a Dios cara a cara y sentí su abrazo de amigo.
Los niños le dijeron al amigo:

- Esta noche hemos mirado a través de las ventanas y, por toda la Tierra, hemos visto continentes, naciones, ciudades, pueblos y personas. También llanuras, montañas y ríos. Y, muchas de las cosas que por aquí hemos oído y visto, no las entendemos. Hemos mirado por todo el firmamento lleno de estrellas y hemos visto a un hombre muy mayor, alto, delgado y con barbas. Le hemos preguntado y nos ha dicho que va a encontrarse con Dios cara a cara. Le hemos dicho que cuando esto suceda, de la manera que él sepa, nos diga cómo es Dios y el cielo.

El hombre mayor suspiró y susurrando comentó:
- ¿Cómo será Dios y el cielo?

DORMIR AL AIRE LIBRE

Al caer la tarde, el hombre mayor amigo de los niños, preparó las cosas. Por la parte exterior de la ventana de su casa, junto al pinsapo y mirando a las montañas, extendió la esterilla. Puso una manta encima y luego otra más gruesa. Y cuando la noche llegó, aquí se acostó. El fresco lo acarició y el cric, cric de los grillos le ayudó a dormir y soñar.

Al amanecer, oyó que decían:
"¡Mira que donde ha hecho la cama!" Y un poco después, oyó que otros comentaban: "Esta cama y él aquí durmiendo algo tiene de misterio!" Pasado un rato, oyó un tercer comentario: "Es como si este hombre quisiera irse del sitio en el que vive". Los niños, antes de entrar al colegio, se pasaron por la casa de su amigo. Al verlo acurrucado en las mantas dijeron:
- No lo molestemos. Quizá esté soñando que Dios lo tiene acurrucado junto así.

A media mañana, en el acebo que hay junto a su ventana, se posó una bandada de gorriones. Con su algarabía rompieron el silencio y lo despertaron. Miró y vio que cerca se movía el petirrojo y elevó sus ojos a

las montañas y al firmamento. Imaginando que sí, que Dios lo estaba acurrucando en el calor de su corazón.

SOBRE LA MONTAÑA CON SU AMIGO

Los niños subieron hasta lo más alto de la montaña dorada. Llevaban en sus mochilas algunas cantimploras porque su amigo les había dicho:

- Varias de mis cabras tienen chatillos pequeños y están dando mucha leche y también calostros. Si queréis, lo que sobra, os lo regalo.

Ya en lo más alto de la montaña, en la parte que da al poniente y en la llanura, separaron. Aquí habían quedado encontrarse con su amigo y el rebaño. Se asomaron a la parte del levante y por donde el acantilado y vieron al amigo. Subía despacio, se adentro por las zarzas del arroyo, en el manantial hizo una pequeña poza, esperó a que el agua se aclarara y bebió. Su rebaño de cabras subían detrás de él. Las llamó y al poco coronaron a todo lo alto. Su amigo, durante un rato, estuvo sentado en la roca dorada, luego se fue hacia los niños, ordeñaron las cabras y los niños regresaron al pueblo cargado con los regalos.

Se fueron derechos a la tienda pequeña al lado del levante de la plaza. A la

mujer mayor viuda porque su marido ya se lo había llevado Dios justo el día de su cumpleaños, los niños le dieron lo que traían. Enseguida ella hirvió la leche y los calostros, los repartió entre todos y le llevó al amigo hombre mayor de los niños, una cantidad buena. La mujer, desde que su marido faltaba, todos los días atendía al amigo de los niños. Al recibir éste lo que los niños le habían traído de las montañas y la mujer le había preparado, dijo:

- Es el regalo de Dios maná del cielo que a lo largo de mi juventud saboreé muchas veces junto a los míos. Que Dios os bendiga a todos y a mí este alimento me sirva para tener fuerza hasta los últimos días.

LA BUENA NOTICIA

Al saber la noticia todos en la casa se abrazaron. También los padres y abuelos de los otros niños y hasta los vecinos. Había llegado el día de su jubilación. Era el abuelo de uno de los niños que se alegraba no por la jubilación sino por el dinero que tenía ahorrado. Secreto que, a lo largo del tiempo, nunca había compartido con nadie.

En su juventud y mientras tuvo fuerzas para hacer trabajos, fue ahorrando. Sin compartir con nadie este hecho. Ahora que la fuerza le faltaban y los años hacían mella en su cuerpo, lo ahorrado era su mayor tesoro. Dijo a los suyos:

- Tengo dinero para muchos años. Quizá hasta que Dios me lleve de este suelo. Y no solo para mí sino para compartir con todos vosotros cada mes el doble de lo que cada mes, en mi juventud he ganado. Así que animaros, ni un solo día nos va a faltar para cubrir todo lo necesario.

Al saber la noticia, los niños la compartieron con todos sus abuelos y también con el amigo hombre mayor. El nieto del abuelo ahorrador, comentó:
- Mi abuelo dice que en su juventud se fio de lo que tú hacías y decías y ahora es feliz. No ser una carga en la vejez e incluso ayudar a los que te rodean, es una bendición del cielo.
Y el hombre mayor amigo de los niños, pensó que sí, que no ser una carga en la vejez para los demás, es un gran regalo de Dios en este suelo.

DE LO NEGATIVO, NI HABLAR

Jugaban los niños por donde el arroyo cerca de las higueras, los ciruelos y los granados propiedad de los padres. De los granados lo vieron cogiendo granadas y algunas del suelo mismo. Se acercaron los niños al joven y le dijeron:
- Estos árboles y fruta tienen dueño pero no te preocupes, si quieres te ayudamos.
El joven, sin mirar a los niños, dijo:
- No necesito vuestra ayuda, me valgo yo solo. Y cojo esta fruta porque se la quiero

mandar a un familiar mío que viven en la ciudad.

El joven había llegado al pueblo con su familia para pasar unos meses de vacaciones. Desde el primer día prescindió de otros jóvenes como él y de los niños. Tanto que al verlos por algún sitio del pueblo, siempre tosía garraspeando. Como en actitud de desprecio o burla. Se reía de ellos cuando jugando iban al colegio o cuando sacaban a tomar el sol o pasear un rato a su amigo hombre mayor.

Los niños contaron estas cosas a su amigo y él le dijo:
- A los negativos y todo lo negativo que hay en las personas y en el mundo, ni hablar de ello. Pero eso sí, pedir a Dios cada día que ponga su mano. Cada día tenemos muchos regalos buenos, muy buenos de parte de Dios. No rompamos estos regalos ni estropeemos nuestras vidas por reaccionar malamente contra los negativos o negativo.

LA ÚLTIMA CASA DE LA CALLE

Los niños, siempre que podían, paseaban con su amigo el hombre mayor por la plaza del pueblo. Tomando el sol se lo encontraban de vez en cuando, sentado en el banco que mira al río y a las montañas de enfrente. Y cuando los niños le preguntaban él siempre decía:

- Continuamente le pido a Dios que ponga su mano, que me sane o me lleve a Él cuando esté durmiendo en el sitio donde vivo ahora.
Los niños respetaban este sentimiento porque intuían que era algo muy sagrado.

Ellos, además respetaban mucho y querían a los que vivían en la última casa de la calle. Un hombre no muy mayor, jubilado de la guerra, su mujer y tres niñas. A él le faltaba una pierna. El hombre tenía un borriquillo y de las cosechas que los padres de los niños sacaban de sus tierras, todos los días cargabas cosas. Frutas, hortalizas, almendras, castañas, legumbres o bellotas. con su borriquillo recorría las calles del pueblo y vendía estos productos. Del dinero que sacaba iban viviendo.

Las tres niñas, de vez en cuando se juntaban con los niños amigos del hombre mayor y jugaba con ellos. Eran pobres pero también inocentes y buenas. A los niños no les importaban la condición pobre de la familia ni de las tres niñas. Por eso el hombre mayor amigo de los niños, al ver estas cosas, en su corazón rezaba al cielo y se decía: "¿Qué sería este mundo sin niños como estos? Porque los niños son, además de amados y ángeles de Dios en esta tierra, aquí en el pueblo, también son como un milagro y una bendición del cielo".

EL ABUELO ESCRITOR

Desde muy joven y a lo largo de toda su vida escribió mucho. En forma de diario donde dejaba reflejados sus sentimientos, sueños, trabajos y forma de ver en la vida. Junto cuatro o cinco gruesos cuadernos algunos escritos a máquina y otros a mano. Y ahora que ya se había jubilado y los años lo tenían envejecido, guardaba estos escritos como un tesoro muy apreciado. Lo comentó con su nieto muchas veces y compartió con él algunas de sus páginas.

Su Nieto un día, llevó varios de estos cuadernos al colegio y se lo mostró a los maestros. Quería que ellos dieran su opinión sobre el valor de estos diarios. Lo maestros leyeron algunas páginas y dijeron al niño nieto que los escritos tenían escaso valor. Que las cosas no estaban bien redactadas y que hasta tenían muchas faltas gramaticales y de ortografía.

Preocupado y algo triste el niño comentó con su amigo el hombre mayor lo que los maestros le habían dicho y el hombre mayor amigo de los niños dijo a éste:

- Las cosas que tu abuelo tiene escritas en los cuadernos de su vida son un tesoro grande. Aunque los maestros tengan razón, la vida de una persona es un tesoro de mucho valor. Y tú y tus amigos, debéis guardar y valorar lo que tu abuelo a lo largo de toda su vida ha conseguido.

LA LAGUNA

Donde el río traza una curva justo, por donde la hombría de los castaños, se remansa la laguna. Un embalse natural de aguas azules verdes, rodeada de pequeños acantilados, bosquecillos de álamos y fresnos y aire limpio. En el centro de las aguas hay una pequeña isla conectada hacia el levante por una franja de tierra. En esta porción de terreno, bastantes noches duerme el amigo de las montañas y su pequeña manada de cabras. Al raso frente a las estrellas, el silencio de la noche y los reflejos de la luna en las cristalinas aguas. La laguna en sí es una fantasía perfecta modelada por el Creador en armonía con la naturaleza.

Aquel día sin colegio, los niños dijeron a su amigo el hombre mayor:

- A la laguna que a ti tanto te gusta y en tu juventud pasaste mil noches junto a sus aguas contemplando las estrellas, esta noche vamos a ir. En compañía de nuestro amigo de las montañas y sus cabras, queremos ver, oír y gustar lo que tú experimentaste en aquellos días. A medianoche, sal al balcón que mira al río, y desde donde se ve esta laguna, que tenemos preparado para ti una sorpresa.

Los niños bajaron por las sendas, cruzaron las aguas del río y al caer la noche, se juntaron con su amigo de las montañas y sus cabras. Justo en la isla en el centro de las

aguas. Pescaron truchas, observaron a los cangrejos a la luz de la luna y luego hicieron una lumbre grande. Su amigo el hombre mayor observó las llamas desde el balcón que mira al río. Y vio como desde la lumbre ascendían hacia el firmamento como multitud de lenguas doradas. No eran fuego ni tampoco oro sino latidos vivos de un corazón clamando al cielo. El amigo de los niños, hombre mayor, en silencio se dijo:
"Sí, son los latidos de mi corazón suplicándote a ti, Dios amigo, que me abraces y me des la vida que ya no tengo.

TODAS LAS PUERTAS ABIERTAS

Él se fue llevándose parte de la ropa. En los bolsillos iban papeles muy personales, dinero en billetes de papel y las llaves de todas las puertas de la Tierra. El amigo de los niños, hombre mayor, le mandó un recado diciendo: "Devuélveme los escritos míos, el dinero en billetes de papel y las llaves de todas las puertas de la Tierra". En respuesta, el amigo de los niños recibió el siguiente mensaje: "Los papeles son tuyos, el dinero ¿de dónde lo has sacado? Y las llaves de todas las puertas están en manos de Dios. Solo Él puede dártela".

Un mensajero llegó, entregó al amigo de los niños, sus papeles personales, la ropa, un llavero sin llaves y nada del dinero. En una nota decía: "Tendrás que explicarme de dónde has sacado el dinero".

En la misma nota el amigo de los niños escribió: “Este dinero lo fui ahorrando poco a poco a lo largo de mi vida. Comí menos pan y vestí ropa sencilla. Me pertenece con todo el derecho, porque es mío, limpio y bueno”.

Los niños dijeron a su amigo:
- Podríamos todos juntos rezar a Dios y pedirle que nos dé las llaves o abra Él todas las puertas de la Tierra.
Y rezaron diciendo: “Abre Dios todas, todas las puertas de la Tierra porque es necesario. Las puertas cerradas no llevan a ningún sitio y las puertas abiertas llevan a todas partes, a tu abrazo mismo".

LOS DORADOS COLORES DEL OTOÑO

En la ladera algo rocosa que mira al sol del mediodía cerca del camino, crece la chumbera. Verde como un bosque en plena primavera y repleta de higos chumbos ya en otoño dorados. Parece solitaria y parece olvidada de todo y todos pero por sus espinosas hojas, corre la vida. La chumbera está llena de vida y es hermosa al borde del camino y casi clavada en la pura roca. Sus flores son hermosas cuando se abren en primavera y sus frutos se visten con los colores de los atardeceres del pueblo de los niños en los meses de otoño.

Por el río se fueron los niños siguiendo el curso de las aguas. De las zarzas cogían moras y las iban engarzando en hebras de pasto. De los castaños de la umbría cogían castañas y al mirar a la solana cara el sol de la mañana, vieron la chumbera. Cargada de gachumbos ya todos muy maduros y color de las tardes de otoño. Bastante ilusionados y como por instinto, se pusieron a coger algunos de estos frutos. Y estaban en ello cuando, al mirar hacia la parte alta, lo vieron. Algo perplejos no daban crédito a la visión y por eso rápido terminaron de recoger los hijos chumbos y subieron también rápido al pueblo.

Dijeron a su amigo lo que habían visto y luego le preguntaron:

- ¿Entonces Dios nos da la vida, nos trae a este mundo, nos cuida en la juventud y madurez y al llegar la vejez, como el otoño y los atardeceres, nos lleva de aquí para siempre? ¿Cómo si todo fuera una prueba, un aprendizaje, una preparación para su abrazo?

Y el amigo dijo:

- Dios es poderoso, lo sabe todo y nosotros ni sabemos ni entendemos. Pero sí, las cosas son más o menos como habéis dicho. Nuestra estancia en esta Tierra, en este Mundo, es como una preparación para nuestro encuentro y abrazo con Él. Al que habéis visto sentado entre la vegetación por encima de la chumbera, soy yo. Mi cuerpo de carne y hueso, está aquí pero mi espíritu,

alma y corazón, vive por entre las sendas de las montañas que he recorrido en mi juventud. Ahora Dios, de alguna manera que solo Él sabe y puede, me está permitiendo que contemple los dorados atardeceres del otoño en las montañas y en mi vida.

PERDONA MADRE, TÚ ERES BUENA

A la madre se le vio llorando. Iba por la estancia moviéndose sin parar de un lado para otro. Ordenando la casa, limpiando vajillas, suelos y paredes, lavando y planchando ropa y preparando la comida. No paraba de moverse, algo en silencio y con la cabeza agachada. La madre tiene mucha energía, es extremadamente buena, ama mucho y da lo mejor a todos. Pero la madre aquel día mientras hacía todas estas cosas, en silencio lloraba.

El hijo también se movía de acá para allá por toda la casa. Como siguiendo a la madre pero en su mundo y sin un objetivo ni hacer nada en concreto. En un momento dado en que entraba a la habitación, se volvió para atrás, miró a la madre cara a cara y le preguntó:

- ¿Es que me estás persiguiendo? No me dejas ni respirar.

La madre dijo:

- De ningún modo te persigo ni quiero coartar tu libertad, hijo mío.

- Estoy harto de todos vosotros.

La madre guardó silencio, siguió en sus labores y las lágrimas empezaron a caerle por las mejillas.

Vieron y oyeron la escena los niños del pueblo y rodearon a la madre intentando consolarla. Solo un poco lo consiguieron. Al poco se fueron a la casa de su amigo mayor y le contaron todo. Él les dijo:

-Este niño no es malo y de ningún modo quiere hacer daño. Él está buscando un camino y no sabe dónde está ni cómo encontrarlo. Y la madre está ahí, a su lado, dando apoyo y cariño. Hay que pedir a Dios que a ella y a él, los tenga a su lado.

El joven de doce años, vivía en el pueblo solo hacía unas semanas. Toda la familia de la ciudad habían venido a este lugar a pasar una temporada de vacaciones.

DESDE CIELO EN QUE ESTÉS

En uno de los pequeños cuadernos el amigo de los niños, hombre mayor, tiene escrito lo siguiente:

“Todo lo que amas, se perderá algún día pero el amor permanecerá de otra manera.

En mi sueño te he visto estudiante niña. Te he visto salir de tu casa en la pequeña plaza casi centro de la ciudad, vestida con tu uniforme de colegiala y

abrazando un puñado de libros. Es por la mañana, primeras horas del día. Caminas lenta por la estrecha calle, sola, metida en ti, saludando a algunas compañeras del colegio y como meditando algo. La vida ahora te premia con una niñez muy fresca. Aún no tienes once años.

Pasadas unas horas, terminan las clases en tu colegio. Te intuyo Recogiendo tus libros, cuadernos, apuntes. Acompañada de unas amigas, subes lenta por las calles que unas horas antes, recorrías hacia tu colegio. En unos minutos, llegas a la calle ancha no lejos de tu casa y caminando dirección al sol de la mañana. No tardas en estar frente a la vieja puerta de hierro. Tus amigas se despiden de ti y tú, después de dudar unos segundos, Te acercas a la cancela de hierro. Superas el umbral y te asomas a la ventanilla de cristal. Como si todo el rato hubieran estado esperándote, te saludan y sonríen. Se alegran de verte Y en tu rostro se ve también la satisfacción del saludo y el encuentro. Solo comentas cuatro cosas casi intrascendente de tu colegio y tus compañeras. A tu edad y por estos días, tú siempre eras así: Una niña muy inocente Casi como todas las niñas del mundo pero algo diferente. Después de unos minutos hablando de tus cosas y, como si no tuvieras prisa, te despides y sigues tu caminar por la calle dirección a tu casa. No te has dado cuenta, no lo has advertido, a tu edad no

puedes saberlo pero por el rincón de la puerta de hierro y el escalón de mármol, has dejado algo hermoso, muy hermoso y trascendente.

En mi sueño te veo al día siguiente repitiendo las mismas cosas, recorriendo las mismas calles y regalando tu sonrisa y tierna belleza al asomarte por la ventanilla de cristal. Te veo así durante mucho tiempo, días, semanas, meses y años. Pero el tiempo corre y los años, aunque parecen transcurrir lentos, pasan y te sumergen en un mundo por donde dejo de verte. Durante muchos, muchos años, en mi sueño solo te adivino y nada, absolutamente nada sé de ti. A veces pienso que has crecido, que te has hecho persona adulta, que te has casado, que has tenido tus hijos como tantas mujeres en este mundo, que en tu vida ha habido momentos felices y otros no tanto y hasta dolores y enfermedades. Con el correr del tiempo, todos los humanos envejecemos, perdemos fuerzas y poco a poco nos apagamos. Siempre ha sido así desde que los humanos habitamos en este planeta y creo que siempre será así hasta el final de los tiempos. Pero en mi sueño, mientras el tiempo va pasando sin apenas percibirlo, sigues viva y presente en algún lugar invisible, espiritual. Y hermoso, muy hermoso.

Todo ha ido sucediendo de esta manera según el tiempo ha ido avanzando

hasta que un día de primavera, cuando las rosas amarillas de pitiminí se abrían al sol de la mañana y arrullaban las palomas por entre las ramas de los árboles, de nuevo te veo en mi sueño. Ya eres muy mayor, tu cara ha cambiado por completo y también tu cuerpo. El tiempo transcurrido, te ha modelado a su manera, como lo hace con todas, todas las personas que habitamos en este suelo. Te veo en una silla de ruedas, sin fuerzas ni para caminar y apenas para hablar y con dolores, muchos dolores en todo tu cuerpo. Desde la distancia y en la dimensión del espíritu me acerco a ti y te pregunto:

- ¿Te acuerdas de mí?

Y muy tranquilamente y como si el tiempo no hubiera pasado, me dices:

- Claro que me acuerdo. Con la misma claridad como si todo hubiera sido ayer mismo.

- Pero el tiempo ha pasado y en mi vida han ocurrido muchas, muchas cosa. Crecí, me casé, tuve hijos, fui feliz hasta que un día el cáncer se instaló en mi cabeza. Los dolores se apoderaron de todo mi cuerpo y poco a poco, los días me fueron colocando en esta silla de ruedas.

- ¿Y cómo lo soporta?

- Lo soporto y aunque quiero creer en Dios y en el cielo, no sé cómo hacerlo. ¿Tú crees en Dios y en el cielo?

En mi sueño, cierro los ojos y ahora te veo niña de once años, con tu uniforme de

colegiala y saliendo por la gran puerta de hierro en la calle ancha. Llevas tus libros abrazados contra tu pecho y sonríes dulcemente. Sé que te marchas de este suelo para siempre y sé que vas a encontrarte con Dios en un paraíso único. No me preocupo ni me apeno. Sé que, como todos los humanos, has cumplido tu ciclo, tu misión, tus días en este suelo y te vas. Te vas hermosa como el primer día que te conocí, con la misma cara inocente y fresca y con la misma sencillez en tu corazón. Subes como por el viento y te vas al infinito azul y hondo del Universo.

Te digo: “Te vas al encuentro del mejor abrazo que hayas recibido nunca: EL ABRAZO DE DIOS. Él te ha llamado por fin y te lleva a su corazón, al hermosísimo paraíso inexistente en la Tierra e imposible de imaginar ni describir por la mente humana. Yo sí creo en Dios y creo en el hermoso paraíso que a cada uno nos va a regalar. De suyo, esta forma en mí de creer en Dios, esta sincera fe mía, es la realidad más potente que me ha dado fuerza para atravesar esta vida. Sé que no habría podido soportar los días, situaciones y momentos que me fueron llegando si no hubiera creído en la existencia de Dios.

Y fíjate ves, todo en este suelo es por un corto espacio de tiempo. Cuando comenzamos algo, a veces pensamos que puede durar mucho tiempo, incluso para

siempre. Sin embargo la realidad es que el tiempo siempre pasa de una forma silenciosa pero rotunda. Dios, se ha acercado a ti y ya te lleva con Él. Mientras con tu figura de niña dulce, hermosa e inocente, te alejas de tu ciudad, de los tuyos y de este suelo, te sigo mirando. Eres bella, muy bella y ahora mismo me alegro mucho de todo el tiempo que has estado anidada en mi corazón. En la distancia, sin verte ni un solo día a lo largo de los años y sin saber de ti. Y nunca, ni en un solo momento, te olvidé. Me alegro ahora que esto haya sido así. Por eso puedo decir que en mi corazón sigues tan hermosa y dulce como en aquellos días de tu momentos de colegiala. Nunca toqué tu cuerpo, siempre te traté con la más limpia delicadeza y en mi alma solo hubo latidos sinceros de respeto y cariño para ti. Vete ahora, sube al cielo, al encuentro del Dios que te dio la vida y te ama. Él te llama y te lleva a su regazo para darte el paraíso. He rezado siempre por ti y rezo ahora para que tengas el mejor regalo en este paraíso eterno”.

Por entre el viento y unas nubes blancas te pierdo y dejo de verte. Oigo el canto de ruiseñores y el arrullo de tórtolas. Es primavera y por eso el aire huele a rosas de pitiminí, a jazmines y azahar. Solo una palabra más: Desde el cielo en que ahora estés haz lo que puedas por mí.

EL GORRIONCILLO

En una de las pequeñas ramas del rosal, el gorrioncillo estaba acurrucado. La bandada revoloteaba de aquí para allá como intentando animarlo. El gorrioncillo permanecía inmóvil como cansado o como meditando. Color café con leche, el pecho y el pico algo negro y con las plumas muy pegadas a su cuerpo. El gorrioncillo parece cansado. Se parece al pequeño de los niños y también al mayor de los mayores.

Bajo su ventana, el acebo, los rosales y el pinsapo, desde dentro de la habitación, el amigo de los niños hombre mayor, observaba la escena. Alargó su mano, cogió al gorrioncillo, lo acarició un poco y le acercó algo de comida. El pajarillo picoteó muy quedamente y luego miró. La bandada enseguida lo rodeó como intentando animarlo o darle vida. El gorrioncillo comió algo más y luego, del pequeño chorrillo de agua que regaba las plantas, bebió levemente. El agua lo mojó y el ave sacudió sus plumas. Parecía animarse y esto también animó al amigo de los niños. Dejó al pajarillo cerca del chorrillo de agua.

Se dijo: “Cuando vengan los niños les enseñaré este pajarillo. Quiero compartir con ellos los hilos de vida y movimientos que Dios siembra por este pequeño jardincillo junto a mi habitación. Quiero Decirles algo que es bueno que sepan”.

Después de esto, el amigo de los niños, hombre mayor, rezó: “Pon tu mano Dios y cúrame o llévame contigo cuando estés durmiendo en esta casa, en esta habitación y en esta cama”.

SI PUDIÉRAMOS VOLAR

En el colegio los niños preguntaron:
- Maestros, si los humanos pudiéramos volar ¿sería una forma de lenguaje elevado?
Los maestros, por un momento, se mantuvieron en silencio. Luego preguntaron:
- ¿A qué viene esta pregunta?
El niño soñador, aclaró:
- Ahora en otoño, en las laderas y valles de las montaña, brotan flores de colores muy bellos. Si desde lo alto de las cumbres pudiéramos volar por encima de todos estos paisajes, sería como un sueño gozar lo que la naturaleza en estos días regala. Vivir una aventura como ésta ¿no es una forma de lenguaje elevado?
Los maestros guardaron silencio.

En otoño las temperaturas por las noches bajan mucho.
En los charcos de los ríos y arroyos, las aguas se evaporan y al amanecer y por las mañanas, las nieblas se alzan. En el balcón que mira al río desde las casas del pueblo, el amigo de los niños hombre mayor, en silencio observaba el juego de estas nieblas. Llegaron los niños y le preguntaron:

- ¿Tú crees que volar es una forma de lenguaje elevado?
Y el amigo les dijo:
- Las nieblas que ahora mismo se elevan desde el río por las laderas, barrancos y cañadas, son una forma perfecta de lenguaje elevado. Las danza, los bailes de estas nieblas jugando con el viento y el bosque, hablan claramente de Dios. desgranan oraciones, dibujan fantasías, van y vienen y se pierden en la lejanía de los azules cielos hacia el infinito. Estas nieblas son, como mis sueños y deseos, un lenguaje elevado, muy elevado.

Los niños se sentaron junto a su amigo y en silencio, observaron los colores y fantasías de las nieblas. Escucharon de nuevo de los labios de su amigo:
- Y vosotros debéis aprender, conocer y saber interpretar, todos los mensajes elevados que los juegos de las nieblas transmiten de Dios y del Universo entero.

LA FLOR DE LAS MONTAÑAS

En la etapa de su juventud, recorrió todas las sendas, valles y cumbres de las montañas que ahora sueña. El amigo de los niños, siempre iba solitario por estos lugares. Atento al silencio, al siseo del viento en las hojas de los árboles, al verde de los bosques y al canto de las aves. Esta era su forma de

encontrarse y conocer a Dios en lo más hermoso de su creación.

En la etapa de su juventud, un día de otoño, vio la flor. Florecía, abierta y fresca en un pequeño rodar de tierra cerca del manantial. Donde la pradera se extendía llana y cerca crecían robles, acebuches y pinos. La flor era única, por ningún lado y en ninguna montaña de la Tierra crecía. Blanca como la nieve más limpia y no más grande que una rosa mediana. De raíz, arrancó una de las pequeñas cebollas de la flor, la sembró en una maceta y la cuidó con un cariño especial. Agarró bien, creció con fuerza y al llegar el nuevo otoño, la pequeña semilla, brotó y dio tres flores. Azul agua una, rosa claro otra y la del centro, blanca como la nieve.

Al otoño siguiente, brotaron de nuevo las tres flores y así un otoño detrás de otro durante muchos años. Los niños, cada día regaban y observaban gustosos las pequeñas flores. Un día preguntaron a su amigo:

- ¿En qué momento estas flores ya no tendrán vida?

El hombre mayor les digo:

- Presiento que el día en que Dios me lleve a su lado. Morirán conmigo porque a lo largo de los años, estas flores han sido como una señal. Dios tiene muchas formas de hablar y a lo largo de estos años, me ha mostrado hermosos mensajes en estas flores. Dios es

poderoso y a la vez delicado y transmite señales continuamente hasta con las florecillas más humildes del campo.
En la pequeña llanura del valle en la montaña, esta flor tan especial, se multiplicó cada otoño. Ahora, desde el mirador del pueblo, todo el terreno se veía como vestido de gala. Como engalanado cuidadosamente por la mano de Dios para una fiesta muy singular.

EXCURSIÓN OTOÑAL

Los niños en el colegio contaron a los maestros la siguiente historia: "Los profesores organizaron una excursión para alumnos de entre ocho a doce años. Se apuntaron doce entre chicos y chicas. Remontaron por la cañada de los álamos para buscar y recoger setas. Los profesores guiaron y ayudaron a los alumnos y, pasando un buen rato, sin permiso de los profesores, los alumnos se fueron a la casa blanca de la familia buena. Siempre esta familia regalaba frutas y otros productos recogidos de las tierras.

Los profesores al observar el comportamiento del grupo, se enfadaron. Se fueron por las veredas dejando sin su ayuda a los alumnos. Los alumnos, al sentirse desamparados, se disgregaron desorientados. Se fueron por aquí y por allá y

al verlos, los profesores se dijeron: ‘Así aprenderán’.

Y los niños en el colegio preguntaron a los maestros:

- ¿Fue bueno el comportamiento de los profesores con los alumnos?

Los maestros en el colegio dijeron a los niños que analizarían el relato que les habían contado. Que les darían una respuesta cuando estudiaran a fondo las cosas. Contaron los niños todo esto a su amigo el hombre mayor y él les dijo:

- A los niños, a todos los niños del mundo, amigos y ángeles de Dios, hay enseñarles las cosas con amor y dulzura. Hay que guiarlos, enseñarles las bellezas del mundo, del Universo, de la Creación, de Dios. Como las florecillas del campo en las montañas y en los valles, portan en sí tesoros únicos.

LO QUE ESCONDE LA LADERA

Es como la fachada de un viejo castillo todo de piedra color oro. La ladera cae desde lo más alto de la montaña en forma de acantilado bastante pronunciado. Y mientras la ladera cae, las terrazas rocosas con puñados de tierra, se suceden en forma de escalones. En cada uno de estos escalones crecen plantas aromáticas y brotan flores en muy variadas formas y colores. En toda su extensión, la ladera se viste con un denso y muy verde bosque de árboles y otras

plantas. Como si fuera un jardín casi colgante pero con sendas pequeñas que van de una terraza a otra. La ladera esconde en sí un tesoro, un gran tesoro que pocas personas conocen.

Según se desciende por las estrechas sendas entre rocas, vegetación, flores y manantiales, van apareciendo repisas y más repisa. Cada una con figuras y formas diferentes, Con vegetación muy variada y hasta con olores y colores distintos. La ladera parece tener sus cimientos en las mismas orillas de río por donde los charcos se mecen.

Una mañana de otoño, los niños desde el pueblo bajaron hasta el río. En las orillas del charco donde la ladera parece tener sus cimientos, se pusieron. Frente a la hermosa catedral de piedra larga y ancha. Miraron en silencio y recordaron las palabras de su amigo el hombre mayor: “En los años de mi juventud, he recorrido muchas veces cada una de las repisas de esta ladera. Y mi corazón siempre palpitaba y se llenaba de emoción. Sabía que Dios era el gran arquitecto no solo de esta catedral jardín sino del mundo entero y del Universo. Y sabía y sé que en la mole de este perfecto edificio, hay un gran tesoro que solo Dios revelará a quien le plazca y en su momento”.
En las azules y verdes aguas del charco, la bonita ladera jardín, se mece como bailando. Un baile hermoso que se eleva hasta el

firmamento para a lavar al Dios arquitecto. Los niños en silencio miran y, a su manera, agradecen la perfecta belleza que tienen ante sí.

LA ROCA DORADA

Desde el balcón que mira al río, el hombre mayor pregunta a los niños:

- ¿Veis la roca en todo lo alto de la cumbre?
- La estamos viendo. Y es como tú dices, una atalaya pétrea, una torre al cielo, un mirador al mundo y un balcón al viento. ¿Cuántas veces has subido tú a esta mole rocosa?
- En los años y que mis piernas estaban fuertes y mi corazón rebosaba de energía, he subido a esta roca muchas veces. Y he dormido también muchas veces ahí, bajo el manto del cielo estrellado y arrullado por los cantos de las aves nocturnas: cárabos, autillos, lechugas, mochuelos…y, sobre todo, he rezado a Dios oraciones sinceras, muy sinceras.“Sáname o llévame a Ti cuando esté durmiendo”.

Desde el balcón que mira al río, las enorme roca color oro, se ve majestuosa. Rodeada de vegetación verde y centenaria y lavada por las lluvias, las nieves y el viento. Cuando por las mañanas de otoño el sol la ilumina, todo, la roca, el entorno y los horizontes, remiten a Dios. Todo habla de Él como el gran arquitecto de los paisajes, las

montañas, los ríos y el Universo entero. La Roca Dorada es un regalo más en la decoración del mundo. Dios siempre mostrando su gran poder y fina delicadeza como el mejor de todos los arquitectos.

Los niños preguntaron a su amigo:
- ¿Cuándo fue la última vez que subiste a la gran Roca Dorada?
- Recuerdo ese día con toda claridad. Fue también una mañana de otoño. Busqué la senda que desde el río sube y al poco de caminar, a mis piernas le faltaban las fuerzas y a mis pulmones el aire. Di media vuelta y en la orilla de los charcos azules me senté. Lleno de humildad pero gritando, recé: “Pon tu mano Dios y cúrame o llévame a Ti cuando esté durmiendo”.
Al pronunciar estas palabras los niños vieron que su amigo lloraba. Llenos de respeto guardaron silencio como acurrucados en su dolor.

EL MEJOR DECORADOR

El mundo, la Tierra, el Universo entero están decorados de la forma más completa, variada y perfecta.

Desde la casa que mira al levante en la habitación del amigo de los niños, hacia el río, cae una pequeña ladera. Cerca de la ventana y hacia el río crece una higuera. De tronco grueso color ceniza y retorcido y con

ramas muy enmarañadas. Más de cien años tiene este árbol y, como en un espejo, se refleja en las aguas azules verdes de los charcos en el río. Al otro lado están las montañas y la cumbre con la Roca Dorada en todo lo alto. Un decorado hermoso y único. Los niños se han fijado en este cuadro muchas veces.

Un día le preguntaron a su amigo el hombre mayor:

- ¿Por qué dices tú que Dios es el mejor decorador?

- Dios ha creado todo lo que existe y lo ha decorado hermosamente. Ha decorado el firmamento con bellísimas galaxias, estrellas y cometas. Ha decorado la Tierra, el mundo entero, con la variedad más grande y bella. Montañas en todas las formas y colores vestidas y adornadas con abundantes plantas, ríos y manantiales. Aves y toda clase de animales en todos los rincones del mundo, flores y plantas aromáticas y hojas también en todas las formas y colores. Dios es el gran arquitecto y también el perfecto decorador de la Creación.

De la higuera hacia el río y hacia las montañas y al revés, desde las montañas hacia río y hacia la higuera, con frecuencia van y vienen bandadas de aves muy variadas: palomas, tórtolas, mirlos, gorriones, currucas, petirrojos, urracas y arrendajos. Y es que Dios ha querido que la higuera dé

disfruto a lo largo de todo el año. Hermosos y delicados higos que las aves aprovechan para alimentarse. Los niños admiran estas cosas y agradecen al amigo que les enseñe la gran riqueza y belleza que Dios ha puesto en el Mundo y en la Creación entera.

EL SILENCIO DE DIOS

De uno de los cuadernos que el amigo hombre mayor tiene escrito, él aquel día leyó a los niños: “Al levante de la Roca Dorada se encuentra el valle. En forma de círculo irregular descendiendo desde las cumbres hacia el río. Mira al levante y en el mismo centro y partes medias, brotan los manantiales. Muchos manantiales que, poco a poco, se transforman en arroyuelos hacia el río. Algunas personas de estas montañas nombran a este lugar como ‘El Valle de los Manantiales’. Sin embargo, el nombre que mejor le cuadra es ‘El Valle del Silencio’.

Sí, porque lo que más abunda y llena al alma de asombro, es el silencio. Todo el valle es un profundo lago de silencio que se funde con el misterioso silencio del Universo. Se palpa a Dios en este silencio y esto asombra aún más. Se oyen, como de fondo y decorando el viento, las pequeñas cascadas de los arroyuelos y las corrientes hacia el río. El pastor con su rebaño de ovejas, se mueve con calma por el lugar. Como si tuviera miedo de romper el hondo silencio del valle. Él sabe que este silencio

es presencia inconfundible de Dios y por eso se siente alzado. Alzado sobre el mundo y fundido con el silencio y las melodías de los arroyuelos y lleno, muy lleno.
El pastor no sabe leer ni escribir pero sí se siente más sabio que todos los grandes sabios.

Un día le pregunté:
- ¿Cómo definirías tú lo que en este valle se ve y se oye?
Y me dijo:
- Como el lugar más hermoso y potente del Universo entero. Dios mismo gritando desde su misterioso silencio".
Después de leer estos renglones, el hombre amigo de los niños, guardó silencio. Los niños también guardaron silencio aunque quisieron preguntarle muchas cosas. A ellos se les había llenado el alma de curiosidad y deseaban conocer "El "Valle del Silencio".

EL NIÑO MÁS GUAPO Y FELIZ

Nació en otoño, momentos en que en las montañas brotan las flores blancas y también las de color rosa del azafrán silvestre. Los niños se quedaron sorprendidos al verlo y también se les llenó el corazón de felicidad. Se veía pequeño, frágil y débil como una pavesa pero en su rostro brillaba algo especial. No lloró al nacer y sí movía sus manitas como buscando algo. Los niños lo

miraban y se miraban entre sí como preguntando.

Creció lleno de salud y belleza y, unos meses después, en compañía de la madre y en un carrito pequeño, los niños lo paseaban alrededor de la fuente de la plaza. Y mientras lo llevaban de acá para allá, los niños no paraban de regalarle carantoñas, movimientos divertidos de brazos y besos. La madre los miraba feliz y se sentía orgullosa. Sabía que su niño crecía de la mejor manera y sabía que su niño estaba lleno de una gracia especial.

Una tarde de otoño de temperatura suave y viento en calma, en compañía de la madre, llegaron con el bebé hasta la casa de su amigo el hombre mayor. Le dijeron:

- Mira qué criatura tan bella ha venido a este mundo.

El bebé miró al hombre mayor y sonrió dulcemente. El amigo de los niños dijo:

- Dios renovando la vida en el mundo. Este niño llega y yo me preparo para irme. ¿Para qué querrá Dios a tantas y tantas personas y para qué luego nos lleva? Solo Él lo sabe. Pero sí, este niño es hermoso, le brilla la cara de felicidad y trae un mensaje especial que también solo Dios lo sabe.LA VIDA NACE Y SE APAGA.

LOS FRUTOS DE LA TIERRA

Desde el colegio la ladera se ve con toda claridad. Al otro lado del arroyo de las higueras, sube bastante inclinada. Por el lado del levante, parece proteger a los huertos que se extienden por las tierras llanas junto al arroyo. Toda la ladera está repleta de árboles frutales: almendros, naranjos, perales, manzanos, higueras, cerezos, moreras y otras especies. La ladera, además de ser un vergel, es también una rica despensa.

Desde la puerta del colegio, antes de entrar a clase, los niños todas las mañanas observan esta ladera. Especialmente en los meses de otoño. Como casi todos los árboles son de hojas caduca, al llegar esta época del año, sus hojas se visten con colores muy bellos. Naranja claro al principio, luego un poco más oscuro y ocre cobre antes de caer al suelo. Y a los niños les llama mucho la atención la policromía con que se cubre toda la ladera mientras los dueños de las tierras recogen los últimos frutos de la cosecha.

Comentan estas cosas con su amigo el hombre mayor y éste les dice:

- Son los exquisitos alimentos que Dios también nos regala. Él es el más grande y mejor hortelano de la creación. Dios arquitecto, diseñador, hortelano y pintor.

Y además, mostrándonos de la forma más esquita, quela vida se marchita. Que, como en otoño las hojas de los árboles caen y

mueren, nuestros cuerpos se mustian caen y mueren. Dios nos trae y lleva según lo ha decidido. Los árboles en las tierras de la ladera, sus hojas sin vida y muertas, es acertada imagen de esto.

LA FUERZA DE DIOS

Por donde nace el arroyo de las higueras, casi en el centro del pueblo, las calles están un poco inclinadas. Suben y bajan y no muy anchas ni largas. Las calles son como paseos que llevan a las casas, tiendas y al río y a las montañas. Recorrer o andar estas calles es fácil aunque no se tengan muchas fuerzas. Y si se es joven, moverse por aquí es como un juegos placentero.

Uno de los padres de los niños dijo un día a estos:

- A vuestro amigo, los más viejos de este pueblo, dicen que cuando joven lo han visto caminar por estas calles. Y dicen que lo hacía con la agilidad de una gacela. Bajaba por la calle de la panadería y al llegar al final, frenaba en seco y torcía para la izquierda. Siguiendo la linde del primer huerto del arroyo, recorría la corta calle con la misma agilidad. Y en la esquina, de nuevo giraba para la izquierda y remontaba hacia el centro del pueblo sin ni siquiera parar para descansar. Bajaba luego por la senda, hasta el río, lo cruzaba y se perdía por las veredas

entre los bosques. No mucho tiempo después, se le veía sobre la cumbre de la Roca Dorada. “Es un jabato”, decían los del pueblo. De verdad derrochaba fuerza y energía en los años de su juventud. Y ahora ya veis, apenas puede moverse apoyado siempre en su vieja vara de acebuche añejo.

Hablando de esto, el amigo de los niños hombre mayor, decía a ellos:
-La energía que hay en Dios es muy potente pero Él, desconocemos porqué, al principio nos la da en abundancia y luego, se la va llevando poco a poco de nuestro cuerpo. Se la lleva de todos los seres vivos de este mundo, toda clase de animales, árboles, hierbas y flores. Dios es energía, fuerza y a la vez debilidad. Lo podéis ver en mí. Lo que os han contado de mis años joven, es realmente cierto.

GRACIAS DIOS POR TODO

Sentado en el balcón que mira al río, se lo encontraron. Sobre sus piernas tenía un cuaderno abierto y escribía. Los niños le preguntaron y él les dijo:
- Estoy dando gracias a Dios por todo.
- ¿Qué es todo?
Y les leyó la lista que ya tenía escrita: “Gracias por el Universo, las galaxias y las estrellas. Gracias por el mundo, las personas, los animales, las montañas, los ríos, las lluvias y las nieves, el viento y el silencio. Gracias por las flores, el canto de los grillos

en las noches y por el latido de mi corazón y sueños. Y, especialmente Dios, gracias por estos niños amigos.

Los niños se miraron entre sí y dijeron:

- Escribe ahí también que gracias por las personas mayores y por la bondad de sus palabras y corazones.

Dijo el hombre mayor:

- Con la vida, Dios nos da todo. Y luego, poco a poco, nos va quitando hasta dejarnos sin vida. Si no hay un poco de bondad y agradecimiento en nuestros corazones ¿qué tendríamos para presentar a Dios el día que nos dé su abrazo?

Sobre la cumbre de la Roca Dorada, el sol iluminaba. Desde el otro lado de las montañas avanzaba un frente de nubes negras. Era el otoño que se acercaba cargado de agua para regar la tierra.

CUANDO LLEGA EL INVIERNO

El río que rodea al pueblo por el lado del levante, nace al otro lado de la cumbre de la Roca Dorada. Por donde los manantiales y los silencios redondos. Algo más al norte, se extiende una gran llanura. La Altiplanicie de las Nieves, la llaman los pastores del lugar. En invierno por aquí nieva tanto que los pastores del lugar tienen que llevarse a sus rebaños a otras tierras más cálidas.

Se acerca el invierno y por las noches ya refresca mucho. Se ven muchas nubes en el cielo y las lluvias o las nieves pueden empezar a caer en cualquier momento. En la gran altiplanicie ya apenas hay alimento para los rebaños. Por las noches aparece el rocío y el viento es frío al amanecer. Los pastores van recogiendo sus rebaños y se preparan para llevarlos a las tierras bajas. Es un momento duro para ellos y sus animales pero a la vez lleno de magia y aventuras.

Desde su casa, a través de la ventana, el amigo de los niños observa los escenarios. Y recuerda los momentos que, en su juventud, vivió con estos pastores. A los niños varias veces les ha dicho: "Me fui con ellos muchas veces, días y noches desde la altiplanicie a las tierras bajas. Los acompañé por las veredas, dormimos junto a las aguas del río contemplando las estrellas, comimos calostros, queso, castañas, bellotas y madroños junto a la lumbre, subíamos por el arroyo de las higueras y los dueños de las huertas nos regalaban puñados de los últimos frutos del otoño: nueces, almendras y ciruelas ya casi pasas. En las tierras bajas los despedía agradecido y lleno, muy lleno. Los pastores de esas altiplanicies, son las personas más buenas que Dios ha puesto en este mundo. Eran jóvenes como yo y ahora ya muchos se han ido al cielo. Dios se los ha llevado y los que aún viven entre nosotros,

caminan sin fuerzas apoyados en sus bastones de acebuche viejo. Momentos aquellos esplendorosos que tengo hondamente grabados en mi alma".
Al oír estas cosas, a los niños les entran ganas de vivir las mismas experiencias. Pero saben que su amigo también ya tiene el zurrón preparado para irse con los pastores que Dios se fue llevando a su lado.

DIOS ES MÚSICA

Este año, el acebo del jardincillo en la puerta de su casa, tiene muchas bayas. Y en estos días de otoño, empiezan a teñirse de rojo. Maduran justo por Navidad. La bandada de gorriones que vive en este bonito y pequeño árbol, ya empieza a picotear los pequeños frutillos. Les cuesta mucho arrancarlos de las ramas porque aún no están maduros pero ellos no tienen prisa. Incluso, como en estos días, llueva.

Sí, porque algunas lluvias y Nieves de otoño ya están cayendo. Llueve menudamente y, en las cumbres, nieva. Desde su habitación, a través de la ventana, el amigo de los niños, observa los paisajes. Los jirones de niebla, suben por los barrancos y ascienden hacia las partes altas. Los blancos copos caen como jugando con el viento y poco a poco van cubriendo los paisajes. Se duermen en silencio como si hubieran llegado a su destino final.

Los niños están sentados en la habitación junto a él haciendo sus tareas del colegio y también observan la nieve caer. El amigo les dice:
- En aquellas altas cumbres, en días de nieve como hoy, en mi tienda de campaña y cuando joven, yo he dormido muchas noches. Y en el fino silencio de las horas, he oído a Dios en forma de hermosísimas melodías. Y fue en esos momentos cuando aprendí que Dios ciertamente es música. Es música en el canto de los pájaros carpinteros, en las melodías de los ruiseñores, en los silbos de los mirlos, en el ulular del cárabo y todas las aves cantoras. Dios es música en el rumor de las aguas del río, en las pequeñas o grandes cascada, en el viento por entre las hojas de los árboles, en la tormenta y en la lluvia. En el canto del grillo, vuelo de las mariposas y abejas, el titilar de las estrellas en las galaxias y en las infinitas distancias del Universo. Dios, con su silencio y hermosísima música, lo llena todo.
Los niños escuchan en silencio, hacen sus tareas junto al amigo y aprenden. Los niños son sabios y siempre aprenden.

LA MUCHACHA TÍMIDA

Vive en la blanca casa que hay en el paso a nivel de la vía del tren. Ahora ya no pero años atrás, desde la ciudad subían hasta el pueblo trenes de mercancías y

viajeros. Remontaban las cuestas con dos maquinas de carbón, una delante y otra detrás empujando. Por las chimeneas de estas máquinas salían chorros de humo negro mezclado con vapor de agua. Llegaba este tren hasta las montañas al norte donde, de las minas, cargaba mineral y volvía a la ciudad.

El paso a nivel a la entrada del pueblo, lo cuidaba y controlaba la madre de la muchacha tímida. Los trenes, antes de llegar al pueblo, silbaban y la mujer, entonces joven, cerraba el paso con cadenas. Un día la niña nació y según iba creciendo aprendió las cosas que hacía la madre. Cuando creció un poco más la madre la apuntó al colegio. Pero la niña era tímida, muy tímida. No quería ir al colegio por temor a que no la trataran bien. Los niños se enteraron y fueron a su casa. Le dijeron:

- Nosotros queremos ser amigos tuyos. En el colegio, estaremos a tu lado, te apoyaremos y ayudaremos en todo.

La niña se ánimo y se fue con los que decían eran sus amigos. Se fue con ellos al colegio y, como los demás alumnos notaron que estaba muy protegida y arropada por el grupo de los niños, desde el primer momento la respetaron. Quisieron también ayudarle en todo. Unos días después, los niños contaron estos hechos a su amigo el hombre mayor. Éste les dijo:

- Vuestro modo de proceder ha sido el mejor. Crear paz y tranquilidad en el alma es una forma acertada para aprender. Con toda certeza que Dios ha apuntado esta historia en su gran libro. A Él le gusta que nos ayudemos unos a los otros porque así perfeccionamos la creación y acrecentamos tesoros. Todos vamos juntos en un viaje hacia el destino final, el paso de este mundo al abrazo de Dios, el cielo. Así ha decidido que sean las cosas para que todos y todo crezca en perfección. Le contaré esta historia a Dios el día que esté a su lado.
Los niños se sintieron bien y la muchacha tímida se llenó de confianza, aprendió lo mejor en el colegio, con los niños y el amigo de estos.

DESTINO FINAL

Nuestras vidas, la vida de cada persona, tiene el mismo destino final: el cielo.

Como es otoño y semanas atrás llovió mucho, en los bosques de las montañas, las setas han brotado. Los níscalos, champiñones, cagarrias, setas de cardo y negrillas. Los niños han ido a la montaña en busca de estas setas. Han recogido muchas y al llegar a sus casas, las madres los felicitan.
- Hoy comeremos andrajos, ajoharina o níscalos asados en las brasas de la lumbre.

Las lluvias siguen cayendo y en tal cantidad que en los bosques, laderas y peñas de las montañas, el agua chorrea y los manantiales brotan. Mientras, en el colegio la nueva profesora explica matemáticas y lengua a los niños y demás alumnos. En las casas las madres asan las últimas patatas, pimientos y berenjenas cosechadas en los huertos y las setas que los niños han recogido. En la pequeña farmacia la joven entrega medicamentos. Y en la ciudad, las personas van y vienen, trabajan y hacen planes. Hay momentos en el que el mundo entero parece estar detenido y sin embargo avanza. Todos, todos vamos por el mismo camino y tren hacia el destino.

De todo esto hablan los padres de los niños al regresar de las labores en los huertos. Los niños se interesan y, al caer la tarde, le preguntan a su amigo, el hombre mayor.

- ¿Qué significa que “todos, todos vamos por el mismo camino y tren hacia el destino?”

El amigo les dice:

- Significa que, aunque las personas seamos diferentes y vivamos historias y situaciones distintas, todos vamos al mismo sitio. En este mundo, estamos solo un tiempo, recorremos un camino común más o menos largo y llegamos al destino final. Un día cualquiera Dios se lleva nuestro aliento y desaparecemos de la Tierra. Es nuestro destino final y común para todos, en todos los

tiempos. Vosotros estáis comenzando este camino viaje y yo, lo estáis viendo, voy a llegar en cualquier momento. Dios está ahí para darme su abrazo y cielo.

LOS DEDOS DE DIOS

Mientras en la montaña la nieve cae y en los tejados de las casas y plaza del pueblo, riega la lluvia, en casa del amigo, los niños están sentados alrededor de la mesa. A ratos estudian, en otros momentos hacen tareas y luego juegan. Es un divertido juego que ellos se han inventado.

Sobre la mesa, el amigo tiene puestas sus manos. Los niños se fijan en lo arrugadas que están las manos de su amigo. Arrugadas y color tarde apagada ya al final del día. Sus dedos son delgados. Junto a estas manos arrugadas, los niños colocan las suyas. Se ven blancas y los dedos, muy regordetes y rosados.

Preguntan a su amigo el hombre mayor:
- ¿Tú sabes cómo son los dedos y manos de Dios?
Y él les dice:
- Los dedos de Dios, crean y dan vida y también apagan y se llevan nuestros cuerpos.
Crean y dan luz al sol, estrellas y azul del cielo y llenan el mundo de belleza, paz y misterios. Las manos y dedos de Dios, son Él mismo. En todos los seres vivos y personas,

cosas y lugares del mundo, Universo entero y el cielo, Dios tiene puestas sus manos y dedos. ¿A dónde vamos a ir que las manos y dedos de Dios no estén? En mi oración yo cada día rezo: “Pon tus manos, Dios, Bendice, abraza y consuela”.
Los niños siguen en sus juegos, preguntan, estudian y aprenden.

AQUÍ YA NO TENGO NADA QUE HACER

Los niños querían saber y aprender. Preguntaron a su amigo y a la mujer viuda de la tienda al final de la plaza. Ésta les dijo:
- Cuando él ya sabía que Dios se lo estaba llevando, con frecuencia rezaba: “Aquí ya no tengo nada que hacer. Solo rezar por los míos, las personas que he conocido y fueron buenas conmigo, las que todavía están en este mundo y las que Dios ya se ha llevado a su regazo. Aquí ya no tengo nada que hacer. Estoy preparando mi viaje para irme a mi sueño junto a Dios”.

Y el amigo, hombre mayor, reflexionó con los niños:
- De la manera que sea, solo Dios lo sabe, conforme, nos acercamos a su abrazo, las cosas de este mundo dejan de interesarnos. Todas las cosas e incluso las personas.
Es como si, al presentir el consuelo de su abrazo, todo lo demás dejara de tener valor. De la manera que sea, solo Dios lo sabe,

nada perdemos al final sino que ganamos mucho, mucho.

Los niños escucharon muy atentos las palabras, sentados todos juntos alrededor de la mesa en la habitación de su amigo. Algunas cosas no las entendían pero intuían que estaban llenas de verdades buenas.

COMER EN LA MONTAÑA

Fue en otoño y en mi etapa joven. Sentado en la meseta de lo más alto de la montaña que mira al poniente y frente al pueblo, compartí con él el momento. Era mayor, alto y delgado, con arrugas en la cara y barbas. Momentos antes lo había visto por entre el bosque buscando níscalos y setas de cardo. Me uní a él y durante un buen rato recorrimos mucho terreno. Luego nos sentamos sobre la hierba en la meseta de la montaña y preparamos un pequeño fuego entre piedras. En las brasas asamos los frutos de otoño que habíamos recogido por entre el bosque y, mientras nos los comíamos con unos granos de sal y algo de pan que llevaba en el zurrón, le hice estas preguntas:

"¿Para qué ha creado Dios el Universo? ¿Para qué este mundo? ¿Para qué a nosotros los humanos? ¿Para qué cuando nacemos, llena de vida nuestro cuerpo y luego nos la va quitando hasta dejarnos rotos como a niños indefensos?"No respondió a ninguna de estas preguntas

mías. En silencio comió las setas y luego se levantó y lento se fue yendo por la senda que se pierde en el infinito. Lo estuve observando durante un rato mientras junto al fuego seguí sentado.

Contó esta historia el hombre mayor a los niños y estos lo escucharon muy atentos. Luego le preguntaron:

- ¿Y no llegaste a saber quién era?

- En la montaña Dios está presente de muchas maneras. Mi corazón lo sabe bien. En ningún momento pronunció palabra. Pero sí es cierto que, mientras saboreaba las setas recogidas por el bosque, me sabían deliciosas. Nunca en mi vida he gustado algo igual. Era mayor, alto y delgado, con arrugas en la cara y barbas. En silencio comió conmigo y luego se levantó y lento se fue yendo por la senda que se pierde en el infinito.

EL JUGUETE DEL NIÑO

El padre construyó un pequeño carro de madera con varales y ruedas también de madera. Enganchaba a este rustico vehículo, un dócil borrico ceniciento. Y usaba este borriquillo para labrar las tierras de los huertos y para traer o llevar productos. El rústico carro era bonito, muy bonito. También lo era el borriquillo que caminaba y trataba con gran elegancia tirando el carro.

Por aquel entonces, ya el tren de máquinas de carbón y vapor que subía desde la ciudad al pueblo, no funcionaba. La vía y traviesas también las habían quitado pero el camino existía. Y cerca del último túnel, al final de la cuesta, nacía el arroyo de los castaños. Nunca había tenido mucha agua este arroyo, no era muy largo y desembocaba en el arroyo de las higueras antes del río. Pero un otoño llovió mucho y el manantial apareció. Justo, al comienzo del arroyo, en la ladera de los castaños que mira al sol de la tarde.

Con su carro y borriquillo y algún amigo, el niño se divertía mucho recorriendo cada día el camino del antiguo ferrocarril desde el pueblo al manantial. Al lado de arriba de donde brotaban las aguas, dejaba su borriquillo para que comiera hierba y se ponía a buscar castañas, bellotas, madroños y setas. Y mientras lo hacía recordaba las palabras de su amigo, el hombre mayor: “En las montañas hay rincones que son verdaderos trozos de cielo. Es como si, en estos lugares, Dios quisiera enseñarnos lo que nos corresponderá cuando nos lleve a su lado después del abrazo”. El niño carga en el carro los frutos silvestres recogidos por el campo y algunos cántaros con agua del manantial. Regresa al pueblo y, de casa en casa, va repartiendo gratis lo que en la montaña Dios le ha regalado.

EL SUEÑO DE LOS NIÑOS

Los niños contaron a su amigo el hombre, mayor:

- Nos juntamos todo el grupo y fuimos a la montaña. Queríamos subir a la Roca Dorada y encontrarnos con el joven cabrero. Remontamos por la senda del levante que es larga y muy pesada. Nos cansamos y el tiempo corría. Iba cayendo el sol y, ya muy arriba, por entre el monte, se nos borró la senda. Al frente y por la derecha, fueron apareciendo laderas muy pronunciadas y hondos barrancos. No llenamos de miedo y nos preocupamos.

Ya oscurecido, sentimos balar las cabras del joven de las montañas. Lo llamamos Y sentimos que nos contestó diciendo:

- No estéis preocupados, yo os ayudo.

Por entre el monte, lo vimos aparecer siguiendo un camino que nosotros no habíamos visto. Nos dio confianza y nos pidió que lo siguiéramos. Atravesamos llanuras, algunas colinas y bosques de encinas y apareció lo sorprendente: La Roca Dorada en todo lo alto de la colina mostrando todos los colores del arcoíris. Frente a nosotros, la ladera y una pequeña llanura donde un grupo de jóvenes nos esperaban. Al vernos dijeron:

- Os vamos a llevar al corazón mismo de la Roca Dorada. A la presencia real de Dios.

Os está esperando para revelaros secretos que hasta ahora nadie en el mundo conoce.

Los niños contaron a su amigo el hombre mayor como todos al mismo tiempo habían tenido este sueño. El hombre mayor dijo a los niños:

- A lo largo de nuestra vida en la tierra y en el momento de su abrazo, Dios se nos presenta de muchas maneras. Habla cuando dormimos y soñamos, en los colores del cielo, en el paso del viento, en las nubes, lluvias y nieves, en los truenos y el silencio. Toda la tierra, estrellas, firmamento y Universo, nos habla de Dios en todo momento. Y en las montañas, bosques, ríos y manantiales, Dios habla de la manera más delicada y dulce. Lo que en sí es Dios, sólo Él lo sabe.

Dios se había acercado,
le había dado su abrazo
y se lo había llevado
al lugar
que siempre había soñado.

ESPERANDO SU LLEGADA

La comitiva dividida en dos, sale al encuentro del que esperan: el que viene a traer el gozo, paz y belleza que cada persona necesita y ansía. El que llenará de vida indefinida y hermosa sin límites. Los de la comitiva son personas jóvenes y casi todas con grandes deseos del encuentro. Son muchos.

Suben por el camino del arroyo de los álamos blancos mirando al frente. Al llegar a la junta, donde el arroyo se divide en dos, siguiendo el cauce y el camino, también la comitiva se divide. Caminan despacio mirando al frente con el deseo de verlo asomar. En los corazones de cada uno de la comitiva, un fuego placentero arde. El que viene, esto es lo que trae. Además de belleza y paz, Trae la eternidad en forma de gozo sin límites. El que viene es pequeño y parece humano pero es tan grande como el Universo entero.

Suave, se mueven las hojas de los árboles y una brisa también muy suave, acaricia los rostros de cada uno de la comitiva. Con las miradas puestas al frente del camino del arroyo de la derecha. Saben que es por aquí por donde asomará. En los corazones de cada uno de la comitiva, arde un gozo puro y muy, muy amable. El que va a llegar, esto es lo que trae: La gran belleza de Dios en un abrazo amoroso que no tendrá fin.

OIR A DIOS

Una mañana fría de otoño, los niños al salir del colegio, suben por la calle. Mientras se acercan al mirador que se abre a las montañas, comentan:

- ¡Ay que ver la cantidad de cosas que necesitamos en la vida. Zapatos para caminar, ropa para cambiarnos, coches,

aviones y trenes para ir a los sitios, casa para estar refugiados, tenedores platos y sillas y muchas, muchas cosas más.

Al llegar al mirador, se asoman al río y al otro lado, por las laderas de las montañas, ven las cabras de su amigo. Suben lentamente hacia el collado dirección al levante y antes de llegar a lo alto, giran para el poniente. Al final del puntal, giran de nuevo para el levante. Por este lado y a la altura del collado, el joven cabrero las espera. En un refugio de piedra y cal que él mismo ha ido construyendo a lo largo del tiempo. Abre las puertas y los animales entran. Al instante, hay un gran silencio y al frente, por el fondo azul del firmamento, se ve la luz. Se oye música muy suave y acaricia un viento también agradable.

Los niños están muy concentrados observando y su amigo el hombre mayor, se acerca. No tardan en preguntarle. Él les dice:
- El joven cabrero es bueno y ama a Dios. Agradece en todo momento y Dios le habla en forma de música, cálido viento y los hermosos paisajes de la montaña. Mientras sus cabras duermen, mira al cielo, aprende y agradece. Sinceramente agradece porque siente que Dios lo quiere y en su momento va a darle su gran abrazo.

LA VIEJA CASA DEL RIO

Está construida de piedra sobre una gran roca caliza. La construyeron hace muchos, muchos años y se refleja en las aguas de la corriente. La vieja casa del río, es hermosa, muy hermosa. Tan hermosa que hasta el silencio que la envuelve parece acariciarla.

La vieja casa de río, es rectangular, tiene tres habitaciones, una gran chimenea a la entrada y una sala pequeña a la izquierda de la chimenea. Aquí era donde el pastor de las montañas, se acurrucaba y dormía en las noches frías de otoño y del invierno. Y aquí es donde los niños ahora, de vez en cuando se acurrucan, charlan, estudian o juegan al calor del fuego en la chimenea. Se sienten ellos bien y son felices.

Un día le preguntaron a su amigo el hombre mayor, y éste les dijo:
- Yo no sé cómo fue aquello pero sí os digo que ocurrió de verdad. Al llegar la noche de un día frío de otoño, el viejo pastor de las montañas, encendió el fuego en la chimenea y se acurrucó en la pequeña sala de la izquierda. Recibía el calor de las llamas en su cuerpo y elevó su espíritu. Le pidió a Dios que le diera su abrazo y se lo llevara a su regazo porque sus días en esta tierra habían llegado a su fin. Dios lo llenó de luz y se lo llevó a su lado. Nadie sabe cómo fue aquello pero yo sí creo que Dios tiene muchas maneras de hacer las cosas.

Cuando Él lo cree conveniente, nos llama y lleva a su regazo.

ME MUDO AL CIELO ¿ALGÚN RECADO?

El abuelo de uno de los niño, en su casa, en su habitación y en su cama, decía: “Estoy preparando todo para mudarme en cualquier momento. Dios me ha bendecido y se acerca para darme su abrazo. Mi paso, mis días en este planeta llamado Tierra, han llegado a su fin. Ni yo tengo ni puedo dar más ni nada ni nadie puede darme a mí. Me mudo al cielo ¿algún recado?”

Débil, con pasos inseguros, caminando lento y metido en sí, se le veía de vez en cuando por la plaza del pueblo. Los niños lo acompañaban y le preguntaban cosas. Él casi no hablaba. La voz se le iba apagando cada día un poco más y sus pensamientos se quedaban en sí. Se decía: “No Quiero ruido es mi mente. Solos silencio, el gran silencio de Dios”. Sus pequeños ojos castaños, apenas se fijaban en nada. Todo lo veía borroso y como lejano, muy lejano. De vez en cuando por sus mejillas se descolgaban cristalinas lágrimas que parecían estrellas. Hermosas estrellas azules claras, parecían sus mejillas, sus manos y todo su cuerpo. Estaba lleno de Dios y los niños se daban cuenta que ya no tenía otra vida.

Y aquella fría noche de otoño, cuando ya se arropaba con una manta de lana de las ovejas de la montaña, quedamente rezó: “Pon tus manos Dios y llévame a Ti cuando esté durmiendo. Quiero irme a Ti desde esta casa, esta habitación y esta cama” Y a medianoche, cuando todas las personas de la Tierra estaban en sus cosas e iban y venían, el corazón del abuelo dejó de latir. Se vio una luz suave azul celeste elevándose por el aire. Y se oyó una voz dulce que decía: “No he muerto, Dios me ha dado su abrazo y me mudo al cielo” Los niños, al día siguiente, comentaron esto con su amigo, el hombre mayor y éste les dijo:

- Dios es así y esto es lo que, un día u otro, a todos poco a poco nos irá regalando.

LAS TRES JÓVENES Y EL CHOZO

Salían del colegio los niños y las vieron. Eran tres, muy jóvenes y vestidas con ropa hermosa: azul claro, verde agua y estampados de flores. Los niños las observaban mientras las tres, lentas bajaban por la senda hacia el río.

- ¿Quiénes serán y qué mensaje traerán por aquí?

Es otoño, fin de semana y como por la tarde no tienen colegio, los niños se juntan y por la senda bajan hacia el río, como a buscarlas. Y lo primero que hacen es construir una pequeña cabaña de monte

cerca de las aguas. En el centro encienden fuego y, al llegar la noche, observan entretenidos los misterios del firmamento: Galaxias, luceros, estrellas y silencios. Y están concentrados en esto cuando las ven. Son tres y vienen como de lejanías infinitas caminando por el viento.

Cerca del rústico chozo de monte, separan. Sin asustarse, uno de los niños pregunta:

- ¿Quiénes sois y qué anunciáis por aquí?

Responde una de las jóvenes:

- Somos enviadas de Dios que os traemos su bendición.

Otro de los niños hace una segunda pregunta:

- Y para nuestro amigo, el hombre mayor ¿qué mensaje traéis?

La segunda joven dice:

- Que Dios también lo tiene bendecido y la reserva un lugar muy hermoso a su lado.

Un tercer niño hace otra pregunta:

- Y para los que lo han criticado y tratado mal en sus días de vida en esta Tierra ¿qué reserva Dios?

Aclara la tercera joven:

- Algo que en su momento revelará.

Y justo después de estas palabras las tres jóvenes, de la misma forma que han aparecido, se aleja. Al día siguiente, los niños cuentan estos hechos a su amigo y este les dice:

- Dios es grande y tiene poder y planes que se salen del alcance de lo que nuestras mentes puedan imaginar.

EL ROBLE DE LA CRUZ

El amigo de los niños dijo a éstos:

- En aquellos tiempos de mi juventud, cuando recorría las sendas de las montañas en busca de la belleza y de Dios, un día bajé por la vereda de las rocas calizas. Con los ojos cerrados, conocía esta senda y también el roble de la cruz que crecía en la pequeña llanura de la curva. Y aquel día, antes de llegar al roble, los vi.

Eran tres. Un hombre algo mayor, una niña de unos doce años y un niño más pequeño. Parecían descansar apoyados en el tronco del árbol al tiempo que comían un trozo de pan con queso. Al acercarme, los saludé y el hombre enseguida, con su pequeña navaja cabritera, del pan redondo, cortó un pedazo. Del queso de oveja algo curado, también cortó un trozo y me los dio diciendo:

- Es lo que tenemos para compartir contigo. Son productos sanos y tienen sabores muy buenos.

Agradecido comí con gusto lo que me ofrecían mientras observaba en ellos tres cosas.

Desprendían un perfume parecido al bosque recién regado por la lluvia, la piel su

cara y manos era suave como el viento en las mañanas cálidas y sus vestidos, de color opaco y algo azul, parecían recién lavados. No les pregunté nada. Le agradecí el alimento y seguí bajando por la senda. Una semana después, pasé por allí y vi que el roble estaba verde y hermoso como nunca antes. En su tronco vi grabada la cruz y por el suelo había como una alfombra de hierba muy fresca. Deseé verlos para preguntarle pero no pude. Mi corazón me decía que eran mensajeros que querían transmitirme algo.

Los niños escucharon muy atentos el relato que su amigo les transmitía. Le preguntaron y éste dijo:

-Estoy seguro que eran enviados que, de parte de Dios, me traían un mensaje.En las montañas Dios habla de muchas maneras y, por eso, desde aquellos días, recuerdo una y otra vez el roble de la cruz y a ellos.

EL HUERTO DE DISEÑO

Uno de los padres de los niños, en otoño recogió la cosecha de su huerto. Arrancó las tomateras, los pimientos, los pepinos, calabacines y calabazas. Aró la tierra, la fertilizó con estiércol de las ovejas del pastor de las montañas y dejó que la lluvia la regada. Dejó que los niños, en libertad, sembraran los nuevos productos.

En el carro de madera de uno de los niños, estos cargaron las calabazas, los últimos pepinos, las granadas ynueces.

Subieron hasta el pueblo y fueron de casa en casa regalando una o dos de estas piezas. Algunas de las calabazas pesaban más de cincuenta kgs. Había sido una cosecha muy buena. A su amigo el hombre mayor, los niños les regalaron nueces y almendras y también naranjas. Le dijeron:

- Y como agradecimiento, con un diseño bonito, vamos
 a decirle a Dios que lo queremos.

En el el trozo de tierra del huerto, en mayúscula, dibujaron cuatro veces la palabra DIOS. En cada uno de estos trazos y palabras, sembraron espinacas, acelgas, ajos y cebollas. Las lluvias siguieron cayendo y en pocos días, todas las plantas brotaron.Desde el pueblo y desde la fuente en el centro de la plaza, empezaron a verse las plantas brotadas. Verdes y brillantesy como anunciando infinitos universos. El amigo de los niños decía:

- Dios está en la Creación hasta en los detalles más pequeños. Y vuestras formas de ser y hacer las cosas, agradan mucho a su corazón y deja mucha, mucha satisfacción, en los corazones de las personas. No hay mayor tesoro en esta vida ni en el reino de la eternidad.

PRESENCIA DE DIOS

Los niños preguntan a su amigo el hombre mayor:

- ¿Y por qué piensas tú que Dios es lo que crees que es?

- Lo que es Dios, yo no lo sé. En mi mente no cabe. Sí os puedo decir que, cuando recorría las veredas de las montañas a lo largo de todos los años de mi juventud, continuamente lo veía y sentía su presencia y caricia. En el viento cálido o frío por entre las ramas de los árboles, en las cristalinas aguas de los manantiales surgiendo por entre las rocas, en la corriente de los ríos y arroyos, en el canto de los pájaros por entre las zarzas, en la nieve blanca alfombrando los paisajes, en la fina lluvia cayendo sobre las hojas de los robles, en las veredas surcando las laderas y en todas las hojas de hierba y gotas de rocío en los amaneceres.

Y un día que recorría la sierra, descendí por la ladera rocosa hacia el río. Al atardecer, monté mi pequeña tienda gris cerca de la corriente, en la pequeña playa de arena dorada. Conforme anochecía sobre, las cumbres se fue formando una tormenta. No tardó mucho en aparecer los truenos y relámpagos y enseguida la lluvia. Llovió mucho durante algunas horas y luego acampó. Unas horas después, la corriente del río comenzó a crecer. Se abrieron las nubes en el cielo y salió la luna. Desde dentro de la tienda, tal como estaba acostado, observé la corriente y la luna reflejándose en las aguas. Aunque las zonas y la corriente se movían sin parar, la luna seguía fija reflejándose en las

aguas. Imaginé a Dios y me llené de gozo descubriendo su gran poder y presencia en la creación entera.

Unas horas después, me quedé dormido y tuve un sueño. Vilas aguas del río despeñándose por una gran cascada y, por la derecha, vi como unas escaleras naturales. Bajando lentamente, vi a una joven muy hermosa vestida de azul y blanco. Quise llamarla pero el ruido de las agua lo llenaban todo. Al llegar a río, subió un poco corriente arriba y al encontrarse con la luna reflejada en las aguas, desapareció. Desperté y enseguida traje a mi mente la imagen de Dios. No tenía capacidad de entender lo que había visto y soñado pero sí tenía cierto que todo era un leve reflejo de su gran poder.
Los niños habían oído con gran interés lo que su amigo les narraba. Se admiraban tambiénde la forma de ser y manifestarse el Creador de todo.

EL SILENCIO DE DIOS

El amigo de los niños, dijo a estos:
- En la etapa de mi juventud, cuando lleno de vigor recorría los caminos de las montañas, oí muchas veces el silencio de Dios. La música es algo hermoso, el canto de los pájaros y grillos, el manar del agua por entre las rocas, la lluvia cayendo sobre los bosques, las cascadas de los arroyos y ríos y el viento acariciando, todo esto es bello y sobrecoge el corazón en muchos momentos.Se quiera o

no, la naturaleza entera y la Creación al completo, habla el lenguaje de Dios, el silencio.

Era un día gris y frío de otoño cuando oí con mucha claridad el lenguaje del silencio de Dios. Con mi mochila a las espaldas, subí por la senda que lleva a todo lo alto de la cumbre. El cielo se llenó de espesas nubes color escarcha. Las temperaturas bajaron mucho y según oscurecía, la nieve comenzó a caer. Me acurruqué en mi saco de montaña y a lo largo de toda la noche sólo oí silencio. El gran silencio de Dios y del universo entero. al amanecer, vi todo el campo por completo cubierto de nieve. Una visión muy hermosa Y en el más completo silencio.

Dentro de la tienda me quedé hasta media mañana y vi como el sol salía por entre las nubes. Vi la nieve derretirse y vi como al mediodía todo el campo se había quedado sin un copo de nieve. El silencio seguía retumbando en mis oídos y pensé que sí, que todo había sido de una forma natural y sin ruido alguno. La nieve, el agua, el campo empapado, obra silenciosa de Dios que me remitió a cómo son las cosas en la vida de cada persona y en el mundo entero. Dios siempre silencio, hondo silencio e incomprensible para la mente humana pero con un poder que lo llena y transforma todo.

LA CASA DE LOS EUCALIPTOS

En uno de los cuadernos del amigo mayor, los niños leyeron: “Donde ya el río se aleja del pueblo dirección a la ciudad del valle, a la izquierda del cauce y al final de las montañas, se alza la casa. De paredes recias, desconchadas y con manchas de musgo, silenciosa desafía al tiempo. Porque la construyeron muchos, muchos años atrás, personas que Dios se llevó de este mundo también hace mucho. De aquí que la casa tenga una historia densa nunca por nadie escrita. Algo que, en silencio, envuelve a la casa en extraño misterio. El tiempo, como un mar sin límites, arropa todo el lugar.

Aquella fría tarde de otoño, cuando mi cuerpo estaba lleno de energía, me acerqué a la casa. Solo a tres personas encontré. Un hombre mayor, una mujer algo más joven y una muchacha de unos veinte años. Les pregunté y el hombre mayor, dijo:

- A lo largo de los años, muchas personas han vivido aquí y han labrado las tierras. Poco a poco algunas de estas personas, se fueron, otras envejecieron y Dios se los llevó. Nosotros no tenemos a dónde ir y, de todos modos, vayamos a donde vayamos, dan igual las cosas. Mudarnos de lugar o tener esto o aquello, a veces sirve para poco. Tener la bendición, el abrazo, consuelo y ayuda de Dios, es lo mejor. Así aquí estamos hasta que un día Dios nos lleve a su regazo”.

Después de leer estas páginas, los niños dijeron:
- Un día de estos, tenemos que ir al sitio de esta casa. Seguro que el tiempo ha transformado tanto la casa como los paisajes y la vegetación. Pero también es seguro que por ese sitio Dios estará presente de una forma especial.

LA CUEVA DEL PASTOR

En otoño, poco después de las primeras lluvias, los bosques se llenan de setas. Algunas, no comestibles pero otras, como los guíscanos, setas de cardo, cagarrias y patatas de tierra, sí son comestibles y de sabores muy agradables. Nacen en lugares húmedos, algo templados, bajo las hojas secas, junto a los arroyos y por entre el musgo.

El pastor de las montañas, también amigo de los niños, conoce muy bien todas estas setas y otras muchas. Un hombre ya algo envejecido por el tiempo, de piel morena y cuerpo recio que también es amigo del amigo de los niños, hombre mayor. Tiempos atrás, ambos disfrutaron mucho recolectando estos hongos. De corazones nobles, amantes de lo bello y silencios, mientras recorrían los bosques buscando estos frutos, daban gracias a Dios por todo lo que en las montañas regalaba.

Los niños bajaron hasta el río para coger cangrejos y truchas y les sorprendió la tormenta. Subieron a prisa por la senda en el lado izquierdo del cauce y buscaron la cueva del pastor. Al llegar, encontraron al pastor dentro, junto al fuego asando níscalos y setas de cardo. Invitó el hombre a los niños y éstos se lo agradecieron. Mientras saboreaban manjar tan exquisito, recordaron lo que su amigo, hombre mayor muchas veces les había dicho: “En las montañas que de joven he recorrido, Dios ha puesto vida y alimentos de muchas clases. Y recorrer los paisajes recolectando setas, llena de un placer único¡Ay que ver con cuántas formas, olores, colores y sonidos engalana Dios y tiene repartido en todo el Universo! Qué no será Él y que poder no tendrá”. Los niños dijeron que les llevaría a su amigo, algunas de las setas que el pastor les regalaba. Y poco después vieron como la tormenta se deshacía y apareció el arcoíris. Vieron a las ovejas subiendo por las sendas de las laderas y vieron la figura de una persona que, de espalda, se iba hacia el arcoíris y desaparecía en las profundidades del Universo.

LOS NIÑOS NO SABEN

Los niños no saben que su amigo escribe todos los días en un cuaderno especial. Los niños sí saben que su amigo tiene muchos cuadernos escritos con

vivencias, sueños y aventuras desde muchos, muchos años atrás. Los niños no saben que lo que su amigo escribe en el cuaderno especial es algo inspirado, premonición o anuncio. Los niños sí saben que su amigo escribe cosas hermosas de muchos, muchos temas. Y escribe todas estas cosas en forma de relatos breves.

Pero aquella mañana de otoño, después de la tormenta en la cueva del pastor, cuando subían por la senda hacia el pueblo, uno de los niños comentó:

- A nuestro amigo, puede que cualquier día de estos, Dios se lo lleve a su regazo. Él lo presiente y así nos lo dice. No debe preocuparnos que esto suceda. Es lo que correspondió y corresponde a cada persona que Dios ha puesto en este suelo.

Y otro de los niños dijo:

- Y cuando a nuestro amigo Dios se lo lleve a su regazo ¿Qué nos dejará de herencia?

Un tercer niño añadió:

- Nos dejará lo mejor: el conocimiento y amor por lo bueno y bello. Nadie como él, nos habló nunca de Dios tan sencillamente y con tanto respeto.

Los niños sí saben que su amigo nunca les habló mal de las personas ni contó cosas negativas. Los niños no saben que aun siendo así, su amigo tuvo y tiene enemigos y convivió con personas que no lo trataron con respeto. Los niños sí agradecen a Diosque

les dé como regalo una persona tan buena como su amigo, hombre.

AQUELLOS DÍAS

En otra de las páginas de los cuadernos del amigo, los niños leyeron: “Aquellos días se fueron y, con ellos, vosotras también. Al comienzo de otoño, un día llegasteis de vuestro lejano país. No conocían muy bien el idioma y más aun desconocíais los sitios a los que llegabais. En el pueblo, encontrasteis casa donde vivir a lo largo del curso universitario, en la ciudad. Y, desde el primer día, todas las personas del pueblo os acogieron con cariño y respeto.

Yo me encontré con vosotras, por donde la senda del río. Contemplabais la corriente de las aguas y escuchabais una música muy bella: Greensleeves Acoustic Cover. Habíais cogido una pequeña tienda de campaña con la intención de acampar en las montañas. No conocíais nada de estos lugares y el deseo de aprender os comía. Al verme, me saludasteis y me preguntasteis por el Charco Azul. Durante un rato, os hablé del charco azul y luego me pedisteis que os guiara. Por la senda en el lado izquierdo del río, caminamos despacio y, con mucho interés y curiosidad, analizabais las cosas.

El mirlo blanco y negro gritando al vernos, los arrendajos, los pájaros carpinteros, los rabilargos, las ardillas, las

madroñeras cargadas de frutos rojos,las encinas y bellotas, las truchas jugando en las aguas, las ranas croando, las nutrias, el martín pescador, las lavanderas cascadeñas y los ánades reales. En el cielo aparecieron nubes blancas algodonosas que, como en un espejo, se reflejaban y mecían en la azules aguas del charco. Os bañasteis, tomasteis el sol recostadas en la arena de las pequeñas playas y frente a las montañas y, al caer la tarde, os deslumbró la hermosa puesta de sol. También os llamó mucho la atención la algarabía de los mirlos revoloteando y gritando por todo el bosque. Es algo que ocurre siempre. Sobre el fresco tapiz de hierba no lejos de las aguas del río, montasteisla tienda de campaña y, algo retirado, puse la que, en forma de túnel, siempre llevo conmigo.

Durante mucho rato, observasteis y comentamos las galaxias y estrellas y, nuestras preguntas, se perdían en las profundidades del firmamento. Dios abrumaba, como siempre, desde el gran silencio. Avanzó la noche y los sonidos de los autillos, búhos, lechuzas, cárabos y mochuelos revoloteaban y llenaban todo el bosque. Elevé mi oración al cielo por vosotras susurrando: “Bendice, Dios, abraza y ayuda”. Al amanecer observamos los bonitos colores de las primeras luces del nuevo día y las nieblas por los barrancos y cañadas. Luego nos organizamos. Con las mochilas y tiendas

de campaña, recorrimos las senda y rincones singulares de estas montañas: Cueva del Pastor, Peña Dorada, Cañada de las Higueras. Varias veces comentasteis:

- Tu mundo es hermoso y está lleno de sencillas y, a la vez, grandes verdades.

Y os dije que todo era un gran regalo de Dios, el Creador de la vida y del Universo.

En los días que siguieron, a lo largo del curso, os llevé y enseñé muchos otros rincones de estas montañas. Pisasteis la nieve, jugasteis con la escarcha en los charcos, admirasteis los crocus, flor de azafrán silvestrey los narcisos enanos. Y todo, todo os gustaba y os llenaba de asombro. Y, entre todo, una de las cosas que más admirasteis fue la pequeña casa del pastor. Con sólo una sala no muy grande donde está la chimenea y cocina y una habitación a la izquierda. Construida de piedra toda la casa y sobre una roca caliza, en lo alto del cerrillo y por encima de la junta de los arroyos. Os conté la historia de esta casa y no la creíais. El huerto entre los dos arroyos, el niño con sus padres, las cabras, ovejas y cerdos, el pozo en el centro de la llanura y la encina de las bellotas dulces y gordas.

El último día de vuestra estancia en el pueblo y este país, el pastor de las montañas os invitó a su cueva, ordeñó sus ovejas, coció la leche en puchero de barro en la lumbre de

leña, hizo migas y os dio a comer este delicioso alimento. Algo también completamente nuevo para vosotras. Le disteis las gracias y él os dijo:

- No hay nada mejor en este mundo que compartir y enseñar las cosas. Las pequeñas bellezas y verdades creadas por Dios y que llevan a Él.

Y aquel último día, en la arena de las pequeñas playas del río escribisteis un mensaje en vuestro idioma, desconocido para mí. Era vuestra despedida. Al día siguiente os marchasteis del pueblo, de la ciudad y de este país. Nunca más os he visto. Los años han ido pasando y en mi memoria y las montañas que amo, permanecéis vivas. Y aquí en mi cuaderno os tengo más cerca de mi. Rezo a Dios por vosotras todos los días".

Al terminar de leer este relato, los niños se miraron entre sí y dijeron que tenían que hacer muchas, muchas preguntas a su amigo el hombre mayor.

EL VALLE DE LOS ÁRBOLES BLANCOS

Los niños preguntaron a su amigo, el hombre mayor:

- ¿Cómo dices tú que es aquello?

Y el amigo les dijo:

- En mi vida real y, cuando en mi juventud y lleno de energía recorría estas montañas, lo vi sólo un vez. En sueños, lo he visto en más de una ocasión. Y aquello, es bello, muy

bello.Algo como creo es lo que Dios nos regalará cuando nos lleve a su lado el día que nos dé su abrazo.

Se llega por la senda que sube por los dos arroyos. En la horquilla que dibujan estos dos arroyos, es donde el valle empieza abrirse hacia las partes altas. Y según este valle se agranda los paisajes son más y más bellos. Las tierras no son por completo llanas sino que están salpicadas de cerrillos, ondulaciones y muchos arroyuelos. Y conforme se remonta, van apareciendo los árboles. Cada vez más, repletos éstos de flores blancas y ramas casi transparentes. Por el suelo se ven muchas hojas caídas, de varios colores: amarillas, naranja, con tonos verdes y puestas de sol. Ya en la raya de lo más elevado del valle, hacia el levante, se ve un camino que se adentra al mundo. Como a un infinito extraño y desconocido.

En mis sueños, varias veces he visto, por este lado del levante y a mi derecha, otro camino. Se acerca por aquí el pastor seguido de sus ovejas. Le pregunto:

- ¿Adónde vas, qué buscas, qué te falta, qué necesitas, qué echas de menos?

Y él siempre me responde:

- Voy al descanso, busco aDios, no me falta ni echo de menos ni necesito nada. Con mis ovejas, estos paisajes y la presencia de Dios dando su abrazo, lo tengo todo.

Por mi lado izquierdo veo una montaña que, formando escalones repletos de árboles blancos, dibuja paisajes muy bellos. La hierba tapiza estos escalones de donde se descuelgan pequeñas cascadas de aguas muy claras. La figura de una hermosa joven camina como al encuentro del pastor para darle su mano y llevarlo al lugar que sueña.

Cuando el amigo de los niños puso fin a este relato, dijeron:

- Ojalá un día puedas guiarnos y llevarnos a los paisajes de este hermoso valle.

LA CASA DEL VALLE

No es muy grande, se alza al comienzo del valle, el terreno que le rodea todo está tapizado por césped de hierba muy verde y fresca y las aguas del río casi la bañan por la parte de atrás. Es blanca, con una pequeña chimenea, dos ventanas y puerta de madera. Mira al río y al sol de la mañana.

En todo momento, por las mañanas, al salir el sol, al medio día y por las tardes, se le ve a él caminando por las sendillas tapizadas de hierba. Siempre solo y siempre metido en sí. Por donde el río se desliza sereno mostrando sus aguas azules verdes, se para. Mira durante unos minutos y luego, sobre la fresca y limpia hierba, se sienta cara al sol de la mañana. Reza, da gracias, pide y repasa sus recuerdos. De su bolsillo saca un pequeño cuaderno y escribe:

“Estoy dentro de un sueño y me veo a mí mismo. Veo la casa donde he vivido los últimos días en la tierra. Veo el jardín, el jardinero y a los que dan órdenes. Cada día cortan más árboles y toda clase de plantas. Sufro cada vez que veo el destrozos que en este jardín están haciendo y sufro por otras muchas cosas. Y especialmente sufro por la poca sensibilidad y escasa inteligencia que los que mandan, tienen.

Ahora, hoy, me siento lejos de todo eso y de ellos y me veo en una nueva dimensión y mundo. En un hermoso lugar que creo es eterno y donde voy a tener libertad para todo lo que no tuve en los días de la tierra. Aquí ellos no van a poder cortar árboles ni destrozar el jardín que en este espacio hay. No van a poder mandar sobre mí ni a reprimir mis capacidades. Dios, el Creador de todo y dueño de la incomprensible eternidad, me regala este pequeño, singular y hermoso rincón. Ahora mismo estoy solo pero los míos, padres hermanos y amigos sinceros, no tardarán en llegar. Estoy viviendo esto dentro de un sueño y sé que es mucho más real y gozoso que todo lo que en la tierra he tenido a lo largo de los días y de los años”.

EMPATIA, los naranjos

Bajaba de las montañas siguiendo la senda del río. Era por la mañana, invierno camino

de la primavera y no hacía mucho frío. Sobre los tallos de la hierba, se veían relucientes muchas, transparentes, pequeñas y brillantes gotas de rocío. El aire estaba cargado de humedad y por eso las nieblas velaban las laderas y crestas de las montañas, según bajaba a su izquierda.

Se acercaba a los naranjos y los sintió. Miró para su lado derecho y los vio. Jugaban al fútbol en el rectangular espacio tapizado de césped. Eran tres, dos jóvenes y ella que, al verlo acercarse, dejó su juego y sin más le dijo:

- Si te apetecen unas naranjas, puedes coger todas las que quieras. Son muy buenas y están en su óptimo momento de maduración.

Habló él diciendo:

- No me conoces de nada ni nunca nos hemos visto. ¿Por qué me ofreces con tanta generosidad tus naranjas?

- Me apetece y lo hago con gusto. Sé que es bueno y lo hago sinceramente.

Miró él para los naranjos y a ver la dorada fruta colgando de las ramas, aclaró:

- En la casa donde vivo, también crecen naranjos y, como estos tuyos, ahora tienen frutos muy buenos.

- Me gustaría conocer

Ella era joven, hermosa, de cuerpo delgado, pelo negro, ojos castaños, cara algo redonda y de piel muy fina. Irradiaba serenidad y atractivo, mucho atractivo.

Tres días después, subía él por la pequeña cuestecilla de la calle. Caminaba despacio dirección a su casa. Miraba al frente y la vio. Estaba entre un grupo de jóvenes. Se percató enseguida que ella lo había visto. Y descubrió que se apartaba del grupo y se venía derecho a él. Al aproximarse, lo saludó y le preguntó:
- ¿Me enseñas tu casa?
- Mi casa está aquí cerca y, ahora mismo, la hermana pequeña anda por entre los naranjos recogiendo frutas. Ven conmigo, te enseño mi casa, el jardín y los naranjos y también te presento a la hermana pequeña.

Como si fueran amigos desde hacía mucho, mucho tiempo, caminaron lentamente por el trozo de calle ahora recta y llana. En unos minutos llegaron a la casa, un edificio todo blanco, construido de piedra y cemento y pintado en color crema. El jardín rebosaba casi hasta la calle y los naranjos se veían verdes y repletos de frutas. La hermana pequeña, al verlos llegar, se vino a ellos y con mucha naturalidad y afecto saludó a la joven.
- Mi hermano me habló de ti. Te estaba esperando. Tengo un secreto para compartir contigo y quiero enseñarte algo. Dame tu mano y ven conmigo.

Por el pequeño pasillo franqueado de naranjos a un lado y otro, caminó la hermana llevando a la joven. En la recogida cueva entre las rosas de pitiminí se ocultaron.

Lleno de curiosidad el joven se quedó quieto y observaba. Para sí se preguntó: “¿Qué será lo que esta hermana mía le quiere enseñar y compartir?” Y vino a su mente en este momento, la imagen de la madre desde hacía ya mucho tiempo no presente en este mundo. En muchas ocasiones ella le había dicho: “Si llenas el corazón de armonía y serenidad y compartes con los demás, poco a poco irás acumulando un tesoro eterno”.

LA CASA DE LA MONTAÑA

y la oración del anciano

La casa se veía blanca y recogida en el que creo es el más hermoso de los lugares en la tierra: en el centro, en el corazón mismo de un espeso bosque en la gran extensión de montañas. Se alza al final de una larga cordillera poblada de pinos, encinas, robles y cornicabras. Elevadas sobre el río y frente al sol de la mañana. La casa era un pequeño misterio parecido a un sueño muy hermoso y dulce. Como un peldaño, el último en la escalera hacia mares de nubes blancas y profundos cielos azules.

Y aquella mañana ya próximo a la primavera, por la sinuosa y estrecha carretera entre pinares, se vio el coche. De color azul mar y pequeño, después de remontar desde la cara sur de la cordillera, comenzó a descender como buscando el valle del río. Al frente se iba viendo la ladera sur de la segunda cordillera por donde, al final y a la

derecha, se alzaba la casa. A la derecha del conductor iba sentado el que decidía. En los asientos de atrás iba casi acurrucado el anciano. Hacía solo unas horas que lo habían operado de una hernia inguinal, la segunda y muy grande. En silencio rezaba en su corazón: “Quiero irme contigo Dios mío, quiero irme ya. Cuando duerma esta noche para no sentir dolor o mañana al salir el sol cuando esté rezando por el nuevo día.

Según el coche se acercaba al río comenzaba a oírse el rumor de la corriente. Y también del paisaje parecía manar una muy tenue y lejana música de flautas, piano y coros. El que iba sentado a la derecha del conductor dijo:

- Ya verás como en este lugar, la casa que tanto está presente en tus días, te sientes bien y te recuperas pronto. Vas a estar solo como tanto te gusta a ti y en el centro de los paisajes que también tanto te gustan a ti. Muy pocas personas, quizás nadie, va a molestarte.

El anciano recién operado que iba casi acurrucado en el asiento de atrás, nada dijo a lo que oía. Sentía dolor, se notaba cansado, sin fuerzas, con el ánimo muy alicaído y con un futuro muy borrado y confuso en su mente. Ya pasaba de los ochenta años y ni una persona amiga había en su vida. Sin ganas, miraba por la ventanilla del coche y según los paisajes se le iban presentado, a su mente acudían los recuerdos.

Hacía años, muchos años, se movía, iba y venía por todas las sendas, ríos, valles, cuerdas, laderas y barrancos de estas montañas. Siempre llegaba aquí en su pequeño coche blanco. Lo dejaba donde las carreteras o pistas de tierra terminaban, cargaba con su mochila gris con algo de comida dentro y se ponía en movimiento. Siguiendo las sendas, surcaba las laderas, ascendía a las cumbres, atravesaba los valles, cruzaba los ríos, explorada las ruinas de las antiguas viviendas, aldeas y corrales de ovejas y buscaba el encuentro con personas mayores. Siempre charlaba con estas personas de todo y a veces, durante días y años. De ellos aprendía muchas historias, los nombres de los sitios, su forma de vivir, cuidar y trabajar las tierras y animales y las forma de comportarse entre sí y los demás. Escribió libros hermosos, llenos de poesía, sentimientos y penas.

En las páginas de estos libros dejaba bien reseñado los grandes asombros, maravillas y gozos que, un día y otro, por estos lugares experimentaba. Al ir por las sendas y encontrarse a cada paso con la casi infinitas formas, aspectos y colores de las rocas. Al encontrarse con los manantiales de aguas purísimas, frías como el hielo, cantarinas y siempre como preñadas de vida e invitando al gozo de la libertad y lo hermoso.

El coche se paró en el rellano de la Casa Blanca de la montaña. de él bajó el anciano, Lo despidieron y aquí se quedó en compañía solo del silencio, el viento, El palpitar misterioso de las montañas y los paisajes. A pesar de todo se sentía bien. sabía con certeza que la soledad era el camino verdadero hacia el viaje final, el encuentro. Rezó:

La oración

Pon tus manos Dios, sana y ayuda, bendice y abraza.

1- Familiares: hermano Manuel y sobrinos Ramón y Urbelina. Hermana Milagros e hijos, hermano Máximo e hijos, sobrina M Carmen e hijos, prima M Félix y primos, tíos Alcarecejos y Pozo Blanco, tíos Pablo y Francisca e hijos, primo Benigno e hijos, conocidos en Córdoba, hermanos Anselmo, Esperanza, Petra, Urbelina, Máximo, cuñados Jacinto, Ramón y Braulio y PADRES MANUEL Y ESPERANZA.

2- Erasmus: Tania, Angelina, Lissette y Sonia, Alexandra, Albina, Guela, Lera y otros.

3- Conocidos: Alisa, Dasha, Margarita, Olga, Raquel, Caty, Araceli, Lolita y niños Almería, Córdoba, Alpicat, Puerta Segura, Úbeda.

4- Compañía: Gracias por la Compañía universal, provincia, comunidad, jardín, huerto, casa, comida, habitación, agua caliente y fría, aire acondicionado y

calefacción, espacio de silencio, arbolito y pájaro.

Y al final de esta oración de petición y agradecimiento, siempre repetía: “Como todos, todos en este mundo, un día y quizá no dentro de mucho, me iré. Y cuando esté delante de Dios, le hablaré de cada uno. Le diré los nombres y le contaré cosas, muchas cosas. Tengo mucho que contar de cada uno. Lo he ido guardado en mi corazón y en mis escritos. Por ahora, Tú Dios, pon tu mano, sana, ayuda, bendice y abraza. Llévame contigo y hazlo cuando esté durmiendo para que ni lo sienta ni dé trabajo o preocupaciones a otros.

Vino a su mente el encuentro y palabras del pastor de las cumbres. Caminaba un día siguiendo las viejas veredas y se tropezó con él por la cumbre de las rocas calizas y los arrayanes. Lo saludó y después de hablar largo rato, él le dijo:

- En la vida nos preparamos para muchas cosas. De pequeños, vamos al colegio, aprendemos a leer, escribir, hablar idiomas, competimos, estudiamos y nos preparamos para conseguir cuanto más mejor. Siempre pensando en ser felices, viajar, conocer mundos, tener coche, casa y dinero. Luchamos por todo esto y con tanto interés que ni siquiera nos queda tiempo para reflexionar un poco en lo más importante: la muerte. Sí, digo bien, porque la muerte es

algo que todos tenemos clavada en nuestros cuerpos desde el día mismo en que nacemos. Nada hay nada, más cierto y rotundo. Nacer y morir son las dos grandes realidades de la vida en todas las personas. Por eso, no dedicar tiempo ni prepararnos para este momento final, es desafortunado. Todos tenemos vida en este mundo sólo por unos años.

Tomando el sol frente a la mañana.

Recortado en la pared **fr**ente a los primeros rayos de sol del nuevo día, cerraba sus ojos. En silencio y en la más honda soledad, sentía un placer indescriptible en su espíritu. La clara luz se dormía en la piel de su cara como en una caricia suave, seda, viento cálido, lluvia fina en forma de niebla. Sentía que estaba en otra dimensión e imaginaba la gran distancia del luminoso astro y, de alguna manera, el misterio de su incandescencia. Se preguntaba: "¿Quées eso, cómo lo has creado, qué es lo que arde ahí y con tanta energía que, a pesar de la distancia tan grande, calienta toda la Tierra, mi cuerpo, las plantas, los animales y gran parte del Universo? ¿Qué es esto Dios mío que yo de ninguna manera entiendo pero me asombra hasta lo más hondo? ¿Quién eres Tú y qué poder tienes

Su nombre en forma de mariposa

Frente a la tarde y color de cielo, primero azul intenso luego morado hondo y después rojo sangre, mira. De su pecho, ve salir su nombre que, en forma de mariposa, se eleva y aleja por el aire hacia estos misteriosos colores del cielo. Al caer la noche, Se vio avanzando por un camino de tierra dorada bordeado de árboles espesos. Al fondo se veía el valle y más a fondo, montañas luminosas. Sí sentía bien, muy bien. sabía que era su viaje hacia el encuentro de Dios.

LA MADRE JOVEN

La vi a ella y lo vi a él. Ella estaba sentada en la entrada de su casa mirando a la calle junto a su niño y él pasaba. Al verla, se paró, la observó durante unos segundos y luego se aproximó. La saludó y, sin más, le preguntó:

- ¿Qué haces aquí sentada como si esperaras a alguien?
Con expresión triste, le dijo:
- Ya ves, junto a mi niño, lo miro y medito. Hoy no tengo nada que darle de comer.
- ¿Y las habichuelas que te di?
- Ahí puedes ver el último puñado que me queda. Si las preparo y nos las comemos, ya no habrá más.

Se llevó el hombre las manos a los bolsillos, buscó y luego dijo:
- Solo estas pequeñas monedas tengo. Se

me parte el corazón verte así. Ojalá pudiera comprarte todos los alimentos que necesitas y también ropa para tu niño.
El hombre era muy mayor, la ciudad y sus habitantes permanecían indiferentes y mudos y la lluvia caía mansamente. Era final de la primavera y la luz del medio día tamizada como en un sueño. Miraba a su niño y meditaba.

LA JOVEN DE LA NIEBLA

El hombre mayor de la casa del acebo, dijo a los niños:
- En el pequeño arroyuelo que hay por detrás de la casa sobre rocas, al final de la recogida llanura del pozo en el centro, por donde crecen tres encinas de troncos gruesos y al lado de abajo del cerrillo y casa de la niebla, en la clara corriente de este bonito cauce, es donde crecen los berros.

Y aquella mañana de otoño ya cerca del invierno, los niños fueron a buscar berros. Por entre las jaras y juegarzos, siguiendo la senda, bajaron hasta la llanura. Atravesaron las tierras y, siguiendo el cauce del pequeño arroyo, llegaron al charco de los berros. Con ilusión y cuidado, empezaron a buscar y cortar los tallos más verdes y tiernos. Cogieron muchos en poco tiempo.

Junto a la corriente se sentaron y, estaban contándose sus cosas, cuando la vieron. Desde el centro de la llanura por

donde el pozo, se fraguó y subía una nube de niebla. Y conforme se elevaba lentamente hacia la casa en lo alto de cerrillo, se empezó a ver la figura y cara de una joven muy hermosa. Se elevaba lentamente y parecía irse y a la vez quedarse. Los niños observaban y miraban llenos de curiosidad y uno de ellos comentó:

- Nuestro amigo, muchas veces nos ha dicho que en las montañas, Dios aparece en formas variadas y colores. Que transmite mensajes desde su silencio. Creo que ahora mismo está sucediendo esto, En cuanto veamos a nuestro amigo, se lo vamos a decir,

EL HOMBRE DE LOS TRES MENSAJES

El hombre de la casa del acebo, dijo a los niños:

- En la etapa de mi juventud, cuando solitario recorría las montañas, lo vi un día de primavera. La temperatura era templada, el viento apenas se movía y el cielo se veía azul por completo. Ni una sola nube. La montaña, toda la montaña, estaba tapizada de hierba muy verde y florecillas en muchos colore.

Por la senda de la ladera, bajé despacio. En un rellano frente a la cascada, me senté. Oí un susurro como de viento suave y cálido y miré. Lo vi en todo lo alto, por donde la cascada empezaba a caer. Era joven aunque parecía mayor, su pelo era

largo, tenía barbas, se movía armoniosamente y miraba con dulzura. Transmitía tanta serenidad que daba la sensación de ser el dueño hasta del cálido vientecillo.

Bajó despacio sin importarle acantilados, montes o árboles. Se paró frente a mi y esperó. Le pregunté:

- ¿Qué tienes tú que ver con estas montañas?

- Soy el dueño absoluto de todo lo que puedes ver y mucho más.

.¿Cómo puedo saber que es cierto lo que dices?

- Mira y observaba.

Sin que hiciera frío ni hubiera nubes, empezaron caer grandes copos de nieve. En nada de tiempo, todos los paisajes estaban cubiertos por completo. Vi a los niños bajando por una estrecha senda tallada en la roca justo por donde la cascada caía. Ni tenían miedo ni frío ni el agua los mojaba. Vi, la niebla alzándose desde el río y convirtiéndose en doce hermosos caballos blancos, naranja y negros. En hilera, galopaban veloces hacia horizontes lejanos.

No le pregunté nada más. Se alejó un poco de mí, empezó a caminar fundido con el agua de la cascada, la nieve blanca, la pared rocosa del acantilado y los caballos de niebla. Se alejó más y más hacia el azul infinito del cielo. Y comprendí, en este

momento, que había estado frente a la imagen de Dios y hablando con Él cara a cara.
Al terminar este relato, los niños dijeron a su amigo:
- Sin duda, lo que nos ha contado, parece un sueño.

vereda de las rocas calizas. Con los ojos cerrados, conocía esta senda y también el roble de la cruz que crecía en la pequeña llanura de la curva. Y aquel día, antes de llegar al roble, los vi.

Eran tres. Un hombre algo mayor, una niña de unos doce años y un niño más pequeño. Parecían descansar apoyados en el tronco del árbol al tiempo que comían un trozo de pan con queso. Al acercarme, los saludé y el hombre enseguida, con su pequeña navaja cabritera, del pan redondo, cortó un pedazo. Del queso de oveja algo curado, también cortó un trozo y me los dio diciendo:
- Es lo que tenemos para compartir contigo. Son productos sanos y tienen sabores muy buenos.
Agradecido comí con gusto lo que me ofrecían mientras observaba en ellos tres cosas.

Desprendían un perfume parecido al bosque recién regado por la lluvia, la piel su cara y manos era suave como el viento en las

mañanas cálidas y sus vestidos, de color opaco y algo azul, parecían recién lavados. No les pregunté nada. Le agradecí el alimento y seguí bajando por la senda. Una semana después, pasé por allí y vi que el roble estaba verde y hermoso como nunca antes. En su tronco vi grabada la cruz y por el suelo había como una alfombra de hierba muy fresca. Deseé verlos para preguntarle pero no pude. Mi corazón me decía que eran mensajeros que querían transmitirme algo.